

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

LA CASA DEL FRIO ETERNO

SILVER KANE

CIENCIA FICCION





cb

LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

- 164 - La Bella Durmiente del espacio -
Ralph Barby
- 165 - Después del cataclismo - *Peter Kapra*
- 166 - Perros del espacio - *Clark Carrados*
- 167 - Invasión verde - *Ray Lester*
- 168 - Enjambres humanos - *J. Chandley*

SILVER KANE

LA CASA DEL FRIO ETERNO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º
169

Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -
MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

© **Silver Kane** - 1973
texto

© **Ed. Bruguera** - 1973
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los personajes y
entidades privadas que
aparecen en esta novela,
así como las situaciones
de la misma, son fruto
exclusivamente de la
imaginación del autor,
por lo que cualquier
semejanza con
personajes, entidades o
hechos pasados o
actuales, será simple
coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1973

CAPÍTULO PRIMERO

Fred Valiant volvió a tener aquella sensación extraña y angustiosa, mientras avanzaba por el pasillo.

Aquella sensación absolutamente inexplicable.

La sensación de que ya había estado antes allí.

Y sin embargo, no podía ser cierto. Jamás había puesto sus pies en el distrito de Independence, en la parte de Kansas City que corresponde al estado de Missouri. Precisamente había tenido que tomar un taxi para que le llevase a Kentucky Road ya que él jamás había estado allí ni tenía una idea exacta de su paradero. Tampoco había visto nunca el Instituto Politécnico en que ahora se encontraba, y sin embargo...

Siguió avanzando mientras contenía la respiración.

Veía el pasillo ancho y lujoso, completamente decorado con mármol negro de importación que habría costado una auténtica fortuna.

Pero eso no importaba demasiado.

Tío Sam se lo gastaba, cuando se trataba de rodear de un ambiente adecuado a sus mejores científicos.

La gente le sonreía.

Le saludaba respetuosamente, como se hace con los grandes sabios y con las inteligencias de primer orden.

Fred Valiant dobló un recodo.

"Ahora tiene que haber una puerta marrón —le dijo la oscura voz en su interior—. Una puerta marrón..."

Entrecerró los ojos.

Sintió en la garganta una especie de espasmo. Porque allí estaba la puerta marrón.

La habían abierto para dejarle paso.

La gente aplaudía.

Todo el inmenso paraninfo del Instituto Politécnico estaba lleno de personalidades eminentes de la ciencia, sobre todo de la ciencia espacial. Hombres cuya categoría temática causaba escalofríos a Fred Valiant; se encontraban allí por su causa... ¡y le estaban aplaudiendo!

Otra vez la oscura voz le dijo en su interior: "Ahora hay una alfombra roja". Y, en efecto, la vio. La alfombra roja.

Mientras pensaba que jamás había estado allí y jamás tendría valor para volver, Fred Valiant avanzó a pasos menudos por la alfombra que llevaba hasta la tribuna. Sentía un terrible vértigo. Él era un gran matemático y uno de los astronautas más cotizados de la NASA pero cualquiera de los hombres que le aplaudía desde la tribuna central podía ser su maestro y suspenderle en un examen. No les llegaba ni a la suela de los zapatos.

¡Pero le aplaudían! ¡Le aplaudían como si fuera un triunfador! ¡Y aquello no era un sueño!

Fred Valiant recordó las líneas esenciales de la carta recibida un día antes. Las recordó, mientras recobraba la elasticidad de sus pasos para llegar hasta los peldaños que le elevaban a uno a una tribuna principal. Eran unos párrafos perfectamente claros, a los que acompañaba un billete de avión en primera clase y un cheque muy generoso para los

gastos personales:

«La Academia de Ciencias de Missouri le acaba de conceder el Premio Anual fundado por dicha institución en 1913. Consiste, como usted sabe, en cien mil dólares y una mención de honor en todas las academias científicas del país... Le rogamos venga inmediatamente a recoger su galardón al Instituto Politécnico del distrito de Independence. Puesto que el trabajo que usted presentó sobre la teoría de los Pulsars ha llamado tanto la atención, organizaremos un gran acto en su honor, como usted sin duda merece...»

Fred entrecerró los ojos. Los Pulsars...

¿Qué sabía él de los Pulsars?

Sólo que existen. Sólo que son unas radiaciones irregulares que llegan hasta los radiotelescopios por rachas irregulares, mientras que las radiaciones de todos los demás astros infinitamente lejanos llegan regularmente. Los Pulsars pueden compararse a lo que un hombre situado en un punto fijo vería de un faro: sólo distinguiría el parpadeo de la luz cuando éste se hallase orientado hacia él, pero no cuando oscilase hacia otros sitios. Y por eso los científicos piensan que los Pulsars son mundos muertos y ya tan concentrados y pequeños, con la materia tan prieta, que giran vertiginosamente. Eso era todo lo que sabía Fred Valiant. Nada más.

Y sin embargo, le daban un galardón de fama internacional por un trabajo sobre los Pulsars que él no había presentado nunca.

Sintió frío en los huesos.

Tuvo un oscuro sentimiento de muerte.

Pero el presidente de la Academia de Ciencias de

Missouri vino hacia él. Le estrechó la mano vigorosamente y luego le abrazó con fuerza, como si quisiera animarle.

—Parece usted asustado, querido Valiant... Ya sé que es el primer galardón científico que recibe, pero usted lo merece. Nos ha asombrado la profundidad de sus conocimientos. Es usted admirable, querido Valiant... Genial... Un trabajador infatigable...

Fred sintió que la cabeza le zumbaba. Que la inmensa sala, las caras desconocidas, los vítores, los aplausos, se mezclaban en su cerebro y daban vueltas vertiginosamente, como una pesadilla.

Las rodillas le temblaron, pese a que era un hombre de una preparación atlética excepcional.

Estuvo a punto de caer. El propio presidente de la Academia de Ciencias y dos matemáticos que estaban a su lado hubieron de sostenerle.

—¿Pero qué le pasa, amigo Valiant? ¿Qué tiene?

Fred Valiant no hubiera podido explicarlo jamás. Ni nadie.

Pero seguía sintiendo en sus huesos el frío del Más Allá, el frío de la muerte.

A la mañana siguiente, uno de los periodistas que habían asistido al acto explicó que el joven astronauta y científico Fred Valiant estaba tan emocionado por la concesión del premio que incluso sufrió un leve desvanecimiento, del que pudo recuperarse poco después, aunque durante todo el acto estuvo visiblemente afectado.

Y tan afectado...

Ni aquel periodista ni ninguno de sus compañeros pudo imaginar la extraña verdad. Nadie en el mundo entero fue capaz de barruntar que en aquel cerebro joven y hasta

entonces tan perfectamente ordenado había entrado la huella del infinito y, al mismo tiempo, la huella de la muerte.

CAPÍTULO II

El oficio firmado en Washington por el general Paddington, uno de los responsables de la Aviación Militar norteamericana, llegó a manos de Fred Valiant cuando éste ya se encontraba de regreso, en Nueva York, dos días más tarde. Era un oficio extendido en papel normal y con la antefirma rutinaria de Paddington, pero escrito en tono afectuoso, porque el general llamaba a Valiant *mi querido capitán*, cosa que no había hecho nunca. Le felicitaba por el meritorio premio científico que acababa de ganar y le vaticinaba una brillante carrera entre los astronautas norteamericanos, anticipándole que pronto sería ascendido a mayor (comandante) y que seguramente realizaría una misión de gran envergadura en compañía de los más cotizados astronautas rusos, una misión que acabaría por darle la más alta fama mundial.

«Mientras tanto —terminaba el oficio—, conviene que descanse usted unos días. Dígame a dónde quiere ir. El profesor Sorensen, que cuida de mantenerle a usted mentalmente entrenado, le seguirá adonde sea preciso».

En fin, era una invitación en regla.

Unas cortas vacaciones, pagadas por cuenta del Tío Sam.

Fred sabía que los pocos astronautas que no tienen familia, se retiran a un sitio tranquilo cuando se presenta una ocasión así. Por ejemplo, se van a pescar a Oregón o a hacer camping en algún Parque Nacional de las Rocosas, donde no haya apenas gente. Pero él eligió un sitio que Paddington no comprendería nunca. Él eligió Las Vegas.

¿Por qué?

El mismo Fred Valiant no hubiera sido capaz de dar una respuesta.

Las Vegas... ¿Por qué?

Mientras volaba hacia el Oeste, hacia la lejana Nevada, en un aparato de la American Airlines, se preguntaba, una y cien veces, qué era lo que le había movido a dar aquella respuesta. Por qué había dicho que deseaba ir a Las Vegas y no a otro sitio del inmenso país. Pero el cerebro de Fred Valiant no le traía ninguna respuesta.

Él no había estado nunca en Las Vegas.

Parecía mentira.

Dicen que un americano, en cuanto tiene cien dólares ahorrados, se larga allí a jugárselos. Millones de personas desfilaban cada año por las rutilantes salas de juego instaladas en pleno desierto. Pero Fred Valiant jamás había estado allí porque durante su vida tuvo otras cosas que hacer, aparte de divertirse. Y, sin embargo, le ocurrió al llegar al aeropuerto lo mismo que le había ocurrido al entrar en el Instituto Politécnico de Missouri.

Conocía aquello.

Era como si hubiese visto ya otra vez las máquinas tragaperras que se alinean a pocas yardas de las pistas de aterrizaje, como queriendo demostrar con impaciencia al visitante la clase de ciudad a la que acababa de llegar. Sabía de qué color eran las moquetas del suelo. Hasta a uno de los policías que montaban guardia rutinaria le pareció haberle visto otra vez.

Valiant sentía de nuevo el frío en la espina dorsal.

Como su viaje no estaba anunciado, ningún periodista acudió a recibirle. No hubo problemas. Y como viajaba con

documentación falsa facilitada por sus superiores para que nadie le molestase, tampoco encontró a nadie al cual llamara la atención su nombre.

Fue al hotel Stardust.

Era muy ruidoso.

Todos los de Las Vegas lo son.

Pero éste tenía la ventaja, al menos, de hallarse muy repartido en diversos pabellones, de modo que había una relativa calma.

Valiant se instaló en una suite que ya tenía reservada y miró por la ventana. Captó el movimiento incesante del Strip, una de las calles más famosas del mundo.

Vio a los hombres adinerados que llegaban hasta allí desde todos los rincones del continente.

Vio a más de un artista famoso.

Vio desfilar tras los cristales a las mujeres más bonitas de América.

Vio el coche marrón.

Pasaba lentamente por el Strip en dirección opuesta.

Valiant entrecerró los ojos.

Y entonces lo supo.

Él había venido a Las Vegas sólo para encontrar aquel coche marrón. Jamás lo había visto, pero sabía que iba a encontrarlo allí. Sabía también que debía guardarse de él. Sabía que no debería acercarse jamás a sus rutilantes puertas pintadas de un suave color café al que los fabricantes habían llamado color Jamaica.

Vio que el coche tomaba la dirección del hotel Sahara y se perdía en el vacío.

Fred Valiant tragó saliva con un espasmo.

Estaba atardeciendo, pero aún hacía mucho calor cuando salió a la calle.

Cinco minutos le habían bastado para alquilar un coche por medio de la conserjería del hotel, y el vehículo, un Ford, ya le esperaba ante la puerta.

Se puso al volante y rodó él también en dirección al desierto.

Ante sus ojos desfilaron los hoteles más lujosos, o al menos, los más espectaculares del mundo.

Las Vegas es una ciudad para nuevos ricos en un país de nuevos ricos, donde a uno no le gusta una bañera si esa bañera no tiene forma de corazón o de concha plateada.

Desfilaban también las arenas secas, al final de las cuales se difuminaban unas montañas grises. Los Muddy Mounts y los Sheep Range empezaban a ocultar ya la luz del sol, pese a lo cual el desierto no había adquirido aún ese aspecto mágico y a la vez estremecedor que adquiriría con las sombras.

El joven rodó hacia Dry Lake, dejando a un lado la base aérea de Nellis, mientras sus ojos oteaban incansables el horizonte.

No había vuelto a ver el coche color Jamaica, pero sabía que tenía que encontrarlo. Había venido a Las Vegas para eso. Tenía que encontrarlo...

Giró hacia un camino secundario.

A dos millas quedaban una serie de casitas bajas con piscina, donde los *croupiers* y los empleados que trabajan en Las Vegas viven todo el año en un aburrimiento total.

Fred Valiant se introdujo materialmente en el desierto.

No sabía qué era lo que le guiaba. No sabía por qué tomaba aquella dirección. Lo único que sabía era que el

coche color café no podía estar lejos.

Lo vio media hora más tarde, cuando ya las sombras habían empezado a adueñarse por completo del desierto.

Estaba detenido junto a una suave hondonada, sus parachoques brillaban quedamente como una llamada secreta. Valiant se detuvo a poca distancia y avanzó. Sus ojos miraban con fijeza el coche, esperando encontrar alguna señal de vida dentro de él. Pero parecía tan abandonado como los que a veces quedan en los cementerios de vehículos al borde del desierto.

El joven abrió la portezuela.

No había distinguido aún a nadie cuando lo hizo.

La soledad era tan total que llegaba a sobrecoger, como si uno hubiera atravesado las fronteras del otro mundo.

Y entonces la vio.

La muchacha degollada, con el cuello partido en dos, rodó desde el asiento hasta la arena silenciosamente.

CAPÍTULO III

Cuando Fred Valiant regresó al hotel Stardust, dos horas más tarde, le llamaron desde recepción. Uno de los conserjes le entregó un sobre haciendo un gesto respetuoso.

—Señor Valiant —dijo—, para usted.

El joven lo tomó con expresión insegura. No entendía aquello. No era un sobre oficial, y sin embargo, venía a su nombre, cuando él estaba inscrito en el hotel con una personalidad falsa.

—No se preocupe, señor Valiant —dijo el recepcionista, en tono confidencial—. No diré a nadie quién es usted, aunque del mismo modo que le he reconocido yo pueden reconocerlo otras personas. Comprendo que viaje de incógnito para descansar, pero si quiere mantenerlo no se exhiba.

Valiant dijo:

—Gracias.

Todavía le temblaban los dedos inexplicablemente cuando rasgó aquel sobre.

Venía del Instituto de Matemáticas Aplicadas de Wisconsin. Le confesaban que conocían su actual paradero gracias a una indiscreción del general Paddington y le daban las gracias por el envío de su luminoso informe sobre la frecuencia de las radiaciones captadas durante una tormenta solar en el observatorio de Mount Wilson.

«La fórmula algebraica que usted nos ha enviado —decía— es la más completa que una mente matemática ha logrado jamás. Nuestros trabajos con computadoras sólo trabajan con datos, y usted ha trabajado también con su

imaginación. Las observaciones que usted nos hace son extremadamente útiles y esperamos su autorización para difundirlas por las principales revistas científicas del país. Creemos que el nombre de usted merece ya un definitivo salto a la fama».

Valiant estaba lívido.

Él jamás había enviado ninguna comunicación al Instituto de Matemáticas Aplicadas de Wisconsin. No sabía ni dónde estaba.

Pero siguió leyendo.

El párrafo final, decía:

«No obstante nos permitimos rogarle no demore la respuesta a la segunda ecuación, la que presenta las variables *x sub uno* y *z*, aplicadas al resultado de la primera fórmula. Con una amabilidad que no merecemos, pero que le agradecemos infinitamente, nos indicó usted en su carta que la enviaría pronto, sin que por el momento hayamos recibido ninguna nueva noticia. Sabemos que esto es abusar, pero al fin y al cabo sólo nos mueve el interés por la ciencia, y parte de nuestros trabajos se hallan paralizados por la falta de solución a esa nueva fórmula».

Fred Valiant guardó la carta.

Sus dedos seguían temblando.

¿Qué ecuaciones astronómicas podía resolver él, si sólo tenía la formación matemática que tiene un piloto de naves espaciales? ¿Desde cuándo había enviado él soluciones a aquel instituto de Wisconsin? ¿Qué querían de él? ¿Acaso todo el mundo se había vuelto loco?

Pero no.

El único loco era él mismo.

Todo el mundo en torno suyo se divertía, hablaba,

jugaba... Todo el mundo vivía en un espacio concreto y entre seres de carne y hueso, mientras que él vivía entre fantasmas que no sabía de dónde venían ni hacia qué universo lejano le llevaban.

El conserje le miraba fijamente.

Susurró:

—¿Algo malo, señor Valiant?

—No, no... —dijo él, con desenvoltura—. Son noticias rutinarias, pero había venido aquí a descansar y todo esto me fastidia... Por cierto, ¿sabe si se aloja aquí la señorita Baser?

Recordaba perfectamente la documentación encontrada en las ropas de la muerta, poco después de que ésta resbalara desde el coche color Jamaica. El único documento, que sin duda había pasado inadvertido a los que la registraron antes de matarla: Irene Baser, hotel Stardust, Las Vegas. Habitación 501.

El conserje hizo un gesto de complicidad y miró en una ficha.

—Sí —dijo—, claro que se aloja aquí. Habitación 501. Le deseo mucha suerte, señor.

Valiant se alejó poco a poco.

Sentía más que nunca aquel terrible vértigo. Pensó en el coche y en el cadáver abandonados en el desierto. La policía los encontraría, como máximo, un día más tarde, y aunque él no había dejado huellas, no había podido evitar que quedaran marcados los neumáticos de su coche alquilado. Era posible que eso le trajera complicaciones, aunque nadie podría sospechar, en principio, de una especie de gloria nacional como era Fred Valiant.

Decidió no volver en seguida a su habitación.

Iría antes a la 501.

Lo hizo, bordeando la gran piscina, para salir del cuerpo principal del hotel y dirigirse a uno de los pabellones. Una vez allí, forzó la puerta por medio de una lima de uñas y entró en la habitación.

Era bastante parecida a la suya.

Vio a la izquierda la puerta de cristal que daba a la ducha.

Vio las dos camas bajas.

El sencillo escritorio-tocador con un espejo.

Vio las piernas de la chica que estaba sentada en él, haciendo una exhibición que mareaba.

Vio los relieves de sus senos turgentes.

Su hermosa boca que, sin embargo, estaba plegada en una mueca de odio...

Vio la pistola provista de silenciador que le apuntaba a la cabeza.

Y hasta llegó a oír el taponazo del disparo. Pero eso fue todo. Ya no llegó a oír el silbido de la bala en el aire, aquel seco silbido de muerte.

CAPÍTULO IV

Cuando despertó, notó un sabor amargo en la boca, un sabor que no supo a qué atribuir, pero que le recordó el que uno siente después de salir de una intervención quirúrgica. Era el sabor típico de la anestesia, algo que se pegaba a su paladar y le hacía respirar con dificultad.

Abrió los ojos poco a poco, pensando que todo aquello, al fin y al cabo, era la muerte. Nadie ha dicho lo que se siente tras ella, nadie ha hablado de lo que se siente después de dar la última pirueta en este mundo. ¿Por qué uno no ha de abrir los ojos igual? ¿Por qué no ha de encontrar algo que al fin y al cabo no tenga nada de terrible?

Pero, con franqueza, Valiant no esperaba aquello.

No esperaba volver a ver las piernas de la chica.

Aquellas líneas turgentes que pedían guerra.

No esperaba ver la línea despectiva de sus labios.

Ni la pistola con silenciador que seguía apuntándole a la cabeza.

Él estaba tendido en la alfombra, de modo que por eso tenía una panorámica tan sensacional. Ella le vigilaba desde una butaca y no se preocupaba de su postura. Tampoco habló, hasta estar bien convencida de que Valiant había recobrado el conocimiento.

—La primera bala que he empleado —dijo—, era un proyectil anestésico, y me he limitado a apuntarte al cuello. Pero las balas que ahora llevo son de plomo y te las clavaré en la cabeza. ¿Está bien clara la situación? ¿Te das cuenta de que despertarás en el otro mundo?

—Lo que me extraña es no haber despertado ya —dijo

él, con voz pastosa.

Intentó incorporarse, pero ella le obligó a seguir como estaba con un golpe de cañón. Luego musitó:

—Me he dado cuenta de lo que hacías con Irene Baser.

—¿Baser? ¿La muchacha que ha muerto?

—No te hagas el inocente ahora, como si acabases de descubrirlo. Estaba lejos, pero he podido ver con unos prismáticos cómo te alejabas del coche. Poco más tarde he descubierto el cadáver.

Valiant se estremeció.

Todos los datos que la desconocida le daba eran concretos, pero, sin embargo, seguía teniendo aquella sensación de irrealidad y de pesadilla, aquella sensación de otro mundo.

—¿Quién eres? —balbució.

—Me llamo Virgin.

—¿Y qué tienes que ver con Irene Baser?

—Era amiga suya. Yo creo que su mejor amiga.

—¿Por qué piensas que la he matado yo?

—¿No?

La voz de la chica, mientras balanceaba la pistola, había sido burlona. Se notaba que le importaría menos disparar contra él que disparar contra un gato enfermo.

—Cuando he llegado estaba ya muerta —dijo suavemente él.

—¿Y por qué has llegado? ¿Quién te ha hecho ir hasta aquel sitio pelado del desierto? ¿Casualidad?

Él cerró un momento los ojos.

Volvía a sentir aquel espantoso vértigo.

—No ha sido casualidad —dijo en voz muy baja—. Alguien me llevó allí.

—¿Quién?

—Un pensamiento.

La risa de Virgin sonó en la habitación.

Pero era una risita lacerante y amarga.

—Casualidades... —dijo—. Sí, grandes casualidades...

¿No tenías que ver nada con ella?

—No.

—¿Jamás la habías conocido?

—Jamás.

La muchacha le barrenó la sien con el punto de mira de la pistola. Valiant sintió un dolor vivísimo, aunque no acertó a moverse. Notó que las gotas de sangre resbalaban por su cara.

Virgin le arrojó dos fotografías encima del pecho.

—Son las últimas que tengo de ella —dijo—. También son las únicas, ésa es la verdad.

Fred Valiant se sentó en la alfombra sin que ella se lo impidiese. Miró la primera de las dos fotografías que acababan de entregarle. En ella vio a Irene Baser sentada en el instrumento más raro que podía imaginarse para una chica como ella. Estaba sentada en una silla de ruedas.

El joven balbució:

—¿Cómo es posible? No era paralítica...

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Dices que la has visto cuando ya estaba muerta, no?

—Y no te he mentado. La he visto cuando ya estaba muerta, pero no era paralítica. Esas cosas se adivinan.

—No lo era —musitó Virgin—. Sin embargo, un día me envió esa foto con la silla de ruedas. No me dijo por qué. Sólo me explicó que era una broma.

Valiant no hizo ningún comentario, pero le pareció una

broma siniestra. Además... Además...

Cerró un momento los ojos.

¿Por qué sentía otra vez aquello? ¿Por qué le parecía oír el siseo de una silla de ruedas avanzando por un pasillo desconocido?

Virgin creyó que aquella actitud era una trampa. Le apoyó el cañón en la sien.

—¿Qué te pasa?

—Nada... Es sólo un lejano recuerdo.

—Pero no recuerdas haber visto a Irene Baser antes de hoy, ¿verdad?

—No.

—Entonces mira la segunda fotografía.

Valiant la repasó con sus ojos.

Esta segunda foto era más grande y más perfecta que la primera. Se veía una verja de hierro no muy alta y detrás una casa de color claro. En la verja estaba apoyada Irene Baser, que reía.

Pero lo que llamó la atención a Fred Valiant no fue eso.

Fue la única ventana que aparecía en la casa de color claro.

Una ventana en la que se divisaba a un hombre mirando a través de los cristales.

Un hombre que era... ¡era él mismo...!

CAPÍTULO V

La mujer le separó un poco la pistola de la sien, mientras musitaba:

—¿Te convences ahora?

Fred Valiant sentía que todo daba vueltas en torno suyo.

No podía más.

Aquella verja... ¿Dónde había visto antes aquella verja? ¿Y aquella ventana...? ¿Cuándo, en qué increíble momento de su vida, llegó a ver aquella ventana delante de él?

Miró el dorso del papel fotográfico. Algunas casas ponen allí la fecha en que hacen el trabajo, y en efecto, ésta la había puesto. La foto estaba revelada tres meses antes.

—En efecto, me la envió hace tres meses —dijo Virgin suavemente—. Hace tres meses tú estabas viviendo con ella. Ahí tienes la prueba.

—¿Dónde estaba viviendo?

—¿Y lo preguntas, hijo de perra?

La voz de la muchacha se había ido haciendo más violenta cada vez. Valiant adivinó que iba a disparar.

Pero insistió:

—¿Dónde estaba viviendo?

—En el distrito de Brooklyn.

—¿En qué dirección exacta?

Los dientes de la mujer chirriaron.

Con una calma siniestra, una calma que al fin y al cabo presagiaba la muerte, masculló:

—Sabía que Irene estaba en peligro y que huía de alguien. He venido hasta aquí tratando de salvarla, pero no he llegado a tiempo. Eso es lo único que lamento,

¿comprendes, sucio hijo de zorra? Y si te he enseñado estas pruebas ha sido porque no me gusta acabar con una hiena sin estar bien segura de que lo es. Ahora ya sé que no sufro ningún error. Ahora ya puedo apretar el gatillo tranquila. Por lo tanto... adiós.

Era una ejecución.

Aquella preciosa muchacha había presentado las pruebas, le había dejado hablar y, por fin, le había condenado a muerte.

Había llegado el momento de reventar de una vez.

Pero Valiant no estaba dispuesto a irse al otro barrio con aquella duda. Quería al menos saber por qué... por qué... ¡Por qué!

Movió la mano derecha.

Virgin no lo esperaba.

No sabía que iba a encontrarse con un hombre que, antes de dedicarse a investigar el espacio, había sido un comando entrenado para las misiones más peligrosas. Le tenía por un sucio y cobarde asesino, pero Valiant era algo más que eso.

La bala llegó a brotar, pero sólo produjo un seco taponazo en el silencio de la habitación. De pronto, la muchacha sintió que era elevada por los aires. No supo lo que le ocurría. Sus ojos se desencajaron cuando su cuerpo pareció estallar contra la cama, aunque no se hizo ningún daño. Comprendió que iba a morir.

Intentó chillar, pero aquella especie de zarpa de hielo cayó sobre sus labios. Sintió que se ahogaba. Su cabeza fue echada hacia atrás y todo el cuello le dolió terriblemente.

Por un instante tuvo la sensación de que Valiant quería desnucarla, pero nada de eso ocurrió. Los gestos del hombre eran más bien científicos y suaves. A lo único que quería

obligarla, era a perder el conocimiento.

Lo consiguió con un leve golpe en la nuca, perfectamente aplicado. Luego se apartó poco a poco de ella.

Había horror en las facciones de Fred Valiant.

Se daba cuenta de que aquella mujer significaba un terrible peligro porque le denunciaría a la policía al no haber podido matarle. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? ¿Acabar con ella? ¿Era posible pensar en eso?

¿Y huir? ¿Huir adónde? ¿Qué podía hacer para ocultarse, teniendo una cara que reconocerían en cualquier lugar de los Estados Unidos? ¿Y cómo escapar de las mil redes invisibles que están tendidas en torno a un astronauta, un hombre que por su oficio conoce secretos que valen millones de dólares?

Fred Valiant se mordió el labio inferior hasta que el dolor le obligó a reaccionar.

No, no podía hacer nada de eso.

Tenía que quedarse de momento en Las Vegas y tratar de descubrir la siniestra verdad. Tenía que permanecer allí, aunque no supiera lo que le esperaba detrás de sus propios pensamientos.

De modo que se guardó las dos fotografías, dejó allí a Virgin y fue a la suite que ocupaba. Mientras bordeaba la piscina solitaria bajo la noche pensó por un momento en hundirse en ella para acabar de una vez.

Jamás le había ocurrido eso.

Fue a su habitación, tratando de no pensar, y se dispuso para lo peor. Seguro que a la mañana siguiente llegaría la policía. Mientras tanto, se puso a pensar para encontrar la solución de todo aquello, aunque sabía que era inútil.

Puso la radio. Siempre oía la misma emisora porque

daba unos perfectos programas de música clásica. La llevaba oyendo todas las noches desde que era un niño. La música clásica le tranquilizaba y le devolvía la quietud de espíritu. Además, Radio Atlantic City se oía desde todos los rincones del país.

La voz amable de la locutora llegó hasta él anunciando el programa de aquella noche, que estaría dedicado a Brahms.

Y Fred Valiant se fue quedando dormido lentamente porque los efectos de la bala anestésica aún subsistían. Tuvo la sensación de que su cerebro iba a estallar de un momento a otro.

Y entonces aquel sueño llegó hasta él, hasta el fondo de su intimidad.

Aquel maldito sueño.

CAPÍTULO VI

Fred Valiant se despertó con el rostro bañado en un sudor frío, un sudor que resbalaba hasta su cuello y llegaba a producirle una verdadera angustia física. Había tenido un sueño inexplicable.

¡Había soñado que él asesinaba a una mujer!

Se levantó con pasos inseguros y fue hasta el armario donde guardaba algunas botellas.

Era increíble lo que había logrado turbarle aquel sueño.

Aún le parecía ver a la muchacha de facciones lívidas, a la que él acababa de estrangular con sus propias manos.

Bebió un largo trago de whisky y luego se miró al espejo.

No le parecía ser el mismo.

Era como si un elemento desconocido, como si otra alma hubiera entrado en él.

Volvió a la cama tratando de serenarse.

Pero no podía.

Se veía a sí mismo avanzando por una habitación desconocida, pero cuyos detalles recordaba con sorprendente precisión, hasta llegar al lecho de una muchacha que dormía plácidamente.

¿Qué edad debía tener? ¿Dieciocho? ¿Veinte?

¡Tal vez sólo diecisiete!

Era endemoniadamente hermosa.

Pero Fred Valiant, que era incapaz de despreciar una mujer, no sentía, sin embargo, ante ésta, la menor emoción genésica. Le era tan indiferente como un mueble, a pesar de su belleza. Se inclinaba sobre ella y la sujetaba por el cuello,

apretando fuertemente con dedos de hierro. La muchacha despertaba.

Sus ojos aterrados miraban a Fred Valiant. Eran unos ojos inocentes y limpios.

Unos ojos que imploraban piedad.

Sin embargo, él no la sentía.

Apretaba fuertemente, pero sin prisas, para que la muchacha sufriera más.

Aquello no era un asesinato, sino la obra repugnante de un sádico.

Fred Valiant vivía otra vez el sueño, pero ahora con los ojos abiertos.

Sentía repugnancia de sí mismo por haber llegado a soñar aquello. Por imaginarse a sí mismo en aquella situación. ¿Pero es uno responsable de sus sueños? No, no lo es.

Sin embargo, a Fred aquello no le tranquilizaba.

Porque se dice también que uno sólo realiza en sueños aquello que es capaz de hacer en la vida real.

De lo contrario, cuando algo de lo que se sueña repugna a la conciencia, se despierta bruscamente.

Y él había despertado, sin duda, con una especie de angustia clavada en el alma.

Pero después de haber estrangulado poco a poco a la chica.

Volvió a levantarse y a beber otra buena ración de whisky para mirarse de nuevo al espejo.

¿Era él capaz de hacer aquello? ¿Había algo monstruoso en su interior, algo que él desconocía?

Se sentía incapaz de estrangular poco a poco a una mujer, y menos a una muchacha.

Pensó en volver a la cama para tratar de dormir de nuevo.

Pero supo que ya no podría.

Desde la ventana contempló la calle más famosa del mundo, el Strip de Las Vegas, sobre la que caía la lluvia.

Y Fred Valiant la miró fascinado, como hipnotizado, mientras sentía que una personalidad distinta y monstruosa se había apoderado de su cuerpo.

* * *

—¡Uf! ¡Qué chaparrón! ¡Parece mentira que llueva aquí de este modo! ¡Es como si el mundo se hubiera vuelto al revés!

El profesor Sorensen se quitó el impermeable y miró sonriendo a Fred, que esa mañana tenía en el rostro una expresión helada.

—¿Pero qué te pasa, amigo mío? —murmuró—. Parece que hoy no estás en forma. ¿Has pasado mala noche?

—No demasiado buena.

—¿Has salido?

—¿Por qué lo dice?

—Parece que hay manchas de barro en el suelo.

Fred se encogió de hombros.

El profesor, con sus inmensas gafas, veía a veces más que los otros. Pero siempre cosas que no existían.

—He pasado mala noche —dijo— porque he tenido una pesadilla. Pero dejemos eso, profesor. Usted ha venido, sin duda, para que hablemos de Geometría Espacial.

—En efecto. Aunque si piensas que no tienes la cabeza clara...

—La tengo perfectamente clara, profesor. Podemos empezar cuando le plazca.

Sorensen lanzó un gruñido, se sentó ante una de las mesas de la suite del hotel Stardust, que era una de las mejores que uno podía alquilar en Las Vegas, y extrajo de su cartera unos planos celestes junto con unas anchas hojas de papel llenas de apretados cálculos.

Fred encendió un cigarrillo, aunque, normalmente fumaba muy poco. Pero esta mañana se sentía nervioso e intranquilo.

Con Sorensen, uno de los mejores matemáticos del mundo, hijo de un sabio ruso que, después de la revolución fue a vivir a Estados Unidos, podía hablar con absoluta confianza.

Normalmente, y mientras estaba sin realizar misiones, Fred se sometía a entrenamientos diarios de todas clases.

Pero no sólo su cuerpo era sometido a las más duras pruebas, para que estuviese siempre en forma. También su mente recibía toda clase de enseñanzas, desde la Filosofía a la Geometría Espacial, porque dada la enorme complejidad de la técnica moderna, un hombre ya no puede confiar en sus músculos solamente, ni en una ciencia por bien aprendida que esté.

Uno de los profesores era Sorensen.

Sorensen, un verdadero filósofo del espacio, era un gran matemático y al mismo tiempo un gran soñador; poeta en cierto modo. Su mente era capaz de realizar el más complicado y exacto cálculo y, al mismo tiempo, imaginar la más audaz teoría, cosa absolutamente necesaria, porque las matemáticas no son nada si no están al servicio de una poderosa imaginación.

—Vamos a hacer unos cálculos de distancia entre planetas —dijo—. Es perfectamente posible que, en una de tus misiones, debas tripular una nave espacial sin ser dirigido desde la Tierra, en cuyo caso tendrás que resolver ecuaciones complicadísimas y estar preparado para los más delicados problemas de álgebra analítica. De modo que procura estar atento a lo que te explicaré.

Y desarrolló sobre el mapa del espacio una especie de ecuaciones que Fred siguió con el mayor interés aunque sus pensamientos, sin poder evitarlo, iban una y otra vez hacia la pesadilla de aquella noche.

Sorensen, una vez terminadas sus explicaciones, murmuró:

—Y ahora vas a resolver un problema que te plantearé.

Fue un problema de todos los diablos, donde se unían las diferenciales a las integrales más complicadas. Normalmente, Fred Valiant lo hubiese resuelto. Esa mañana, sin embargo, se equivocó en una pequeña fracción y el resultado varió en unas décimas.

—Ese simple error —musitó el profesor— hubiera hecho que tu nave se desplazara varios miles de kilómetros en el espacio, fuera de la ruta prevista. Te hubieras perdido en los abismos y nunca más hubiera vuelto a saberse de tu condenada astronave. Ya sé que estos cálculos no suele realizarlos ningún hombre, y mucho menos los astronautas profesionales, que no están preparados para esto. Tales cálculos son realizados en tierra por máquinas electrónicas que marcan la ruta a seguir. Pero, de todos modos, tú debes estar preparado para cualquier eventualidad, de modo que empecaremos de nuevo.

Y fue a escribir una nueva fórmula en el papel, pero

Fred dijo, de pronto:

—Profesor...

—¿Qué hay? ¿Qué pasa ahora?

—Usted es una primera autoridad mundial en cálculo de probabilidades.

—Hum... No diría tanto, pero en fin... No lo hago mal del todo.

—¿Qué probabilidades existen de que haya otra persona absolutamente igual a mí?

Sorensen quedó sorprendido ante aquella pregunta. Dio la sensación de que aquello le hacía entrar en un campo inexplorado, porque vaciló.

—Bueno... —dijo—, las combinaciones de los cromosomas son prácticamente infinitas y, además, dependen de tantos factores... Habría que contar, para este cálculo, con un dato fijo, que son los cuatro mil millones de habitantes que hoy tiene el globo terráqueo. Pero de este dato fijo tendríamos que extraer uno variable, que es el número de parejas humanas con capacidad de procrear. Concretamente, de la raza blanca, puesto que tú eres blanco. Otra variable sería el número de veces que, en el día en que fuiste concebido, tales parejas pudieron tener unión carnal. Y aquí ya se me escapa el dato fijo, puesto que entonces la población humana era menor. Si obtuviéramos por cálculo de probabilidades el número de parejas y el número de uniones, deberíamos tener en cuenta otro dato variable, o mejor dicho, dos: el número de hombres y mujeres estériles y, además, el número de mujeres que ese día no podían concebir, por hallarse dentro del ciclo no reproductivo. Eso nos daría el número de uniones útiles. Conocido esto, deberíamos conocer el número de cromosomas que actuaron

ese día y sus posibilidades de combinación, para saber si existe la probabilidad de dos de ellas completamente iguales. Hablo de distintas madres, claro, pues hemos descartado la posibilidad de que tuvieras un hermano gemelo. Ese cálculo nos daría aproximadamente la probabilidad matemática de que hubiera otra persona igual a ti.

Fred Valiant apretó los labios.

—¿Podríamos hacer ese cálculo, profesor?

—Pero..., ¿qué dices?

—Hagámoslo como simple ejercicio.

—De acuerdo, pero... En fin, a ti te pasa algo esta mañana, Fred Valiant. Ni que te hubieses bebido un tonel de ginebra...

Y Sorensen se puso a hacer números en una de sus hojas de papel.

Trabajaba con cierto nerviosismo y, de vez en cuando, echaba rápidas ojeadas a Fred Valiant, como si pensara que éste se había vuelto loco.

—¿De verdad quieres que sigamos con esa cosa absurda? —preguntó, al cabo de unos minutos.

—Sí, profesor, se lo ruego. Como simple ejercicio.

—Bueno, es que también habría que tener en cuenta ciertas alteraciones del ácido ribonucleico, que haga variar la distribución de los cromosomas. Y alguna posibilidad de alteración en las leyes de Mendel. Con franqueza, no creo que este cálculo pueda ser exacto, ni siquiera aproximado.

—Inténtelo, profesor.

Sorensen trabajó durante casi media hora, haciendo funcionar a plena presión su cerebro, que era como una potente máquina electrónica. Al fin dio un par de cabezadas negativas.

—Bueno, el cálculo no puede ser exacto —susurró. Es prácticamente imposible tener en cuenta todas las variantes que juegan en un asunto así. Cuando me embargo en combinaciones matemáticas de esta clase, es cuando más creo en la sabiduría de Dios. Pero creo poder decirte que es matemáticamente imposible la existencia de otra persona igual a ti en este planeta.

Fred Valiant produjo un crujido con sus dedos.

Por un momento, pareció que iba a sentirse conforme con las palabras de Sorensen.

Pero al fin lanzó otra pregunta extraña, aparentemente absurda; una pregunta que hizo dar un brinco al viejo matemático.

—Usted ha dicho en «*este planeta*», profesor —susurró—. Pero, ¿y en los otros?

—¿Qué... qué tratas de insinuar?

—Insinúo la posibilidad de que existan otros mundos habitados en los que la vida se transmita según leyes biológicas semejantes a las nuestras.

Sorensen dio un respingo.

—Esto es absurdo, Fred Valiant.

—¿Absurdo?, ¿por qué?

—Lo digo en el sentido matemático. No se tiene un solo elemento fijo para el cálculo. No se sabe cuántas estrellas, soles, planetas y satélites hay en el Universo. Menos se sabe aun los que tienen posibilidades de contener vida. Y tú preguntas encima por un mundo... ¡cuyas leyes biológicas sean iguales a las nuestras!

—Exacto, profesor.

—Muchacho, vas a volverme loco.

—Solo le pido que deje volar un poco su imaginación.

Su imaginación de matemático, claro, pero al mismo tiempo de filósofo. Es seguro que usted debe tener una idea sobre eso. Expóngamela.

Sorensen vaciló unos momentos.

Parecía avergonzarle exponer una idea puramente especulativa, que no tenía una base científica rigurosa.

—Mira, muchacho —dijo al fin—, antes de nada quiero excluir de todo esto a nuestro sistema solar. Verás... Parece ser que en él somos los únicos dotados de vida. Es decir, que estamos solos, terriblemente solos en un espacio vacío. El hombre ya ha llegado a la Luna, donde no hay nada, excepto desolación y silencio. En algunas rocas se han encontrado indicios de materia orgánica, lo cual significa que, en teoría, puede o pudo existir alguna forma de vida. Pero ni hablar de vida humana o parecida a la nuestra. No, nada de eso. De modo que elimina a la Luna y vámonos a Marte. ¿Qué hay allí? Los *Mariner* se han aproximado de tal modo, que ya nos es posible saber que hay allí tantos cráteres como en la superficie lunar, además de enormes grietas que, al parecer, son los famosos canales que tanto nos sorprendían hace tiempo, cuando los observábamos por los telescopios. Quedan muchísimos misterios por resolver, claro, entre ellos los de los casquetes polares, pero si tenemos en cuenta que la atmósfera de Marte está formada casi exclusivamente por bióxido de carbono, en el cual no es posible la vida humana, llegaremos a la conclusión de que por ahí tampoco podemos buscar gran cosa.

Hizo una pequeña pausa, mientras arrojaba a la papelera la hoja de los cálculos, y añadió:

—Claro que quedan otros planetas... Por ejemplo Venus, cuya temperatura diurna es de unos cuatrocientos grados

centígrados, y la nocturna de unos doscientos bajo cero. ¿Qué ser humano podría vivir en estas condiciones? Mercurio, cuyo pequeño tamaño le impide conservar una atmósfera vital para todo organismo. Y si nos vamos más lejos, ya entramos en el reino de las tinieblas eternas, de la noche que no tiene fin. En Saturno, Urano, Neptuno y no digamos Plutón (tan lejano que sólo fue descubierto en 1929), la radiación solar es prácticamente insensible. Hay que suponer que un frío espantoso, absolutamente inhumano, reina en sus superficies. Una vida como la nuestra es inimaginable, aunque existe la posibilidad de otras formas de vida.

—Pero en cuanto a lo que yo le he preguntado, la respuesta es no, ¿verdad, profesor?

—Exactamente. La respuesta es no. Resulta imposible, matemáticamente hablando, que en estos planetas exista alguien igual a ti.

—¿Y... en los otros?

—¿Qué otros?

—¡Cuerno! ¡El universo no acaba en el sistema solar! ¡Al contrario, el sistema solar es un punto insignificante, despreciable, dentro del mismo!

Sorensen dio un puñetazo en la mesa.

—¡Fred, vas a volverme loco!

—Haga un esfuerzo, profesor. Deje volar su imaginación un poco más.

Sorensen se pasó una mano por la frente, en la que habían aparecido unas gotitas de sudor.

—¿A qué vienen esas preguntas absurdas, Fred? Tengo la sensación de que te ocurre algo que no quieres explicarme, pero en fin. Te contestaré. Ese cálculo ya lo he

hecho, a veces, por puro entretenimiento, aunque sin llegar a aspirar, ni mucho menos, a una relativa exactitud. Si salimos de nuestro sistema solar tenemos que la estrella más próxima es la llamada Alfa Centauro, que se halla más o menos a un millón de años luz. Es decir, cabe la posibilidad de que hace un millón de años, quizá antes de que apareciera el hombre sobre la tierra, esa estrella explotase y nosotros no nos hayamos enterado aún, porque su luz nos sigue llegando normalmente. Imagínate las distancias abismales de que estamos hablando. ¡Y ésta es la estrella más próxima! Si nos adentramos en la nebulosa de Andrómeda, que es la galaxia más cercana a la nuestra^[*], nos encontraremos con estrellas, soles y planetas a los que jamás podremos llegar si no es por medio de ondas que a su vez tardarán millones de años en llegar a su destino ¡Y parece haber miles y miles de galaxias repartidas por el universo que no tiene fin! Porque a pesar de los cálculos de Einstein, yo creo que no lo tiene. Todo esto nos da un número tan enorme de probabilidades de que haya un sistema solar semejante al nuestro, con una Tierra semejante a la nuestra y unos seres humanos parecidos a nosotros, que si hacemos un cálculo veremos que es bastante probable que exista un ser igual a ti, Fred Valiant. Pero no en la Tierra. Se trata de un ser teórico que se encontraría en algún lugar del universo.

Sorensen terminó sus explicaciones, creyendo que ya había dicho bastante por aquella mañana.

Pero Fred Valiant no parecía estar satisfecho aún.

Y tras unos instantes de reflexión, hizo otra pregunta, en apariencia absurda.

—Profesor... ¿qué posibilidades hay de que este ser exactamente igual a mí haya llegado a la Tierra?

—Muchacho, tú estás... ¡chiflado! ¡Más vale que te bebas una botella de whisky y te vuelvas a la cama! ¡Te has convertido en un loco!

Fred no contestó.

Se puso en pie, dando unas vueltas por la habitación. Parecía tan preocupado, que el propio Sorensen pensó que debía encontrarse enfermo.

—Fred... —susurró—. ¿Qué te pasa?

—He tenido un maldito sueño.

—Entonces sigue mi consejo. Baja al vestíbulo, bebe unas copas, mira las piernas de las chicas y juégate unos cuantos dólares a la ruleta. Eso te distraerá.

—Tal vez lo haga, profesor, pero antes conteste a mi pregunta.

—Lo haré, Fred. Verás... No hay ninguna posibilidad. Aun viajando a la velocidad de la luz, es decir a trescientos mil kilómetros por segundo, y transformando, por tanto, un cuerpo humano en electrones que luego se vuelven a agrupar, se tardaría un millón de años en llegar desde Alfa Centauro... Aun suponiendo que allí hubiera, por cálculo de probabilidades, alguien igual a ti. Por lo tanto, no pienses en eso.

Fred intentó, efectivamente, no pensar.

Todo aquello era un puro sueño, era algo absurdo. Pero la idea maldita seguía dando vueltas en su cerebro y no podía arrancársela.

Por eso, musitó:

—Imagine que ese hombre salió de Alfa Centauro o un lugar semejante hace un millón de años.

—Es..., ¡es ridículo!

—De acuerdo, pero imagínelo.

—En ese caso habría que llegar a la conclusión de que ese ser humano, por llamarle de algún modo, posee una cultura infinitamente superior a la tuya. Y que sus posibilidades de dominio sobre los otros seres son tales, que no podemos ni barruntarlas siquiera.

Fred Valiant volvió a sentarse.

Su mirada tenía una fijeza hipnótica cuando la clavó en Sorensen.

—Profesor... —susurró—, como es lógico, ningún ser humano que fuera igual que yo podría vivir un millón de años.

—Claro que no... ¡Es ridículo! ¡Ridículo del todo, muchacho! Por eso te pido que dejes de pensar en una cosa así.

—Pero vayamos un poco más lejos... Para viajar a una velocidad aproximada a la de la luz, ese ser tendría que haberse transformado en ondas. Ya sabemos que unas determinadas ondas forman el átomo, y que todo lo que vive o que no vive en el universo, está formado por átomos. Teóricamente, pues, podríamos descomponer cualquier cuerpo en las ondas que lo forman, enviarlo a viajar y luego volverlo a recomponer. Incluso ya se ha aventurado que eso llegará, en un plazo más o menos próximo.

—Sí.

Fred Valiant produjo un brusco chasquido con sus dedos.

Y, de pronto, hizo una pregunta que originó un escalofrío en la espina dorsal de Sorensen.

—Profesor... ¿Qué es la muerte?

Sorensen estuvo a punto de lanzar una imprecación.

—¡Quieres volverme loco! —gritó al fin—. ¡Loco del

todo! ¡Vete al diablo de una vez!

—Profesor... —insistió—. Contésteme. ¿Qué es la muerte?

—Resulta una pregunta un tanto complicada... Un filósofo te contestaría de una manera y un sacerdote de otra. ¡Porque la muerte es algo que tiene tantas caras! Pero trataré de contestarte de un modo científico. Decimos que ha llegado la muerte cuando un organismo biológico se descompone hasta que no quedan en él más que unos cuantos elementos químicos indestructibles. El resto pasa a otros seres vivos o se transmite por medio de ondas a través de complicados procesos de combustión. Y, en fin, no me compliques más las cosas. Yo soy un matemático, no un químico.

—Es decir, teniendo en cuenta que la materia se transforma en energía y que la energía es indestructible, llegamos a la conclusión de que un ser vivo llega un momento en que ya no existe, pero se transforma en una serie de ondas o manifestaciones de energía de índole muy variable y que sí siguen existiendo ¿verdad?

El profesor cabeceó.

—Sí —dijo—. Actualmente no hay inconveniente en creer eso, pero...

—Un momento, profesor —dijo Fred, con voz silbante—. Ahora imagine que a un ser humano (por ejemplo, un ser humano como yo) lo transforman en ondas y lo lanzan al espacio para que viaje. Una vez llegado a su destino, esas ondas serían recompuestas para que formaran de nuevo un ser humano idéntico.

—¡Muchacho, eso es pura teoría!

—¿Pero puede ser?

—Sí. Puede ser.

—Imagine que el viaje dura un millón de años.

—Bueno... Lo imagino.

—Ese ser humano, ¿podría morir, entretanto?

El profesor carraspeó.

No debía haber pensado nunca en aquello, porque cerró los ojos como si la cabeza le diera vueltas.

—Lamento no haber sido nunca un filósofo —susurró al fin—. No se me había ocurrido. Por cálculo de posibilidades, creo que debe haber en el universo hombres como tú. Y ahora resulta que... que...

—Diga, profesor. ¡Imagine que el viaje dura un millón de años! ¿Ese hombre moriría?

—Pues... pues...

La mente de Sorensen parecía debatirse en un círculo sin salida. Al fin aulló:

—¡No!

Fred Valiant exhaló un suspiro.

Parecía sentirse más tranquilo, a pesar de que la respuesta, verdaderamente, le intranquilizaba.

—No moriría porque las ondas no pueden descomponerse, ¿verdad? Porque si la luz que nos llega de Alfa Centauro vive un millón de años y al cabo de ese tiempo llega a impresionar una placa fotográfica, con las características exactas que esa luz tenía cuando partió de su origen, un millón de años atrás, las ondas que puede formar un ser humano también lograrán vivir. ¡Y aunque el viaje durara dos millones de años más, esas ondas no morirían nunca!

Sorensen se sujetó la cabeza.

Su mente perfectamente ordenada, de matemático que se

ha acostumbrado a pensar en términos exactos, no llegaba a captar aquella teoría que, sin embargo, no tenía fuerzas para debatir.

Al fin, masculló:

—Te has convertido en un chalado, Fred Valiant.

—A todos los que piensan cosas que no son normales, les llaman locos. Y, sin embargo, sin ellos aún estaríamos en la Edad de Piedra.

—Eso es cierto.

—Entonces, ¿podemos admitir la teoría de que un ser vivo exactamente igual que yo, pero un millón de años más viejo, haya llegado a la Tierra desde más allá de nuestra galaxia?

—Es pura teoría pero, efectivamente, podemos admitir esa posibilidad.

—Es cuanto quería saber, profesor.

—Fred... ¿en qué piensas?

—En nada, teóricamente esto es un descanso para mí. Estoy en Las Vegas esperando que me asignen otra misión. No debería preocuparme de nada.

—Pero te preocupas.

—Ya le he dicho, profesor, que he tenido un sueño.

—Olvídalo.

—De acuerdo, lo olvidaré.

—Y hay otra cosa, Fred Valiant.

—Diga.

—Imaginemos que ese ser existe.

—Bien... Ya lo hemos estado imaginando, ¿no?

—Durante el millón de años que ha durado su viaje no ha podido pensar en nada. Es decir, entonces no existía. No tenía cerebro. Sólo existían los elementos con los cuales

había de recomponerse más tarde.

—Justamente es eso lo que pienso, profesor.

—Pero si hace un millón de años, el planeta o la estrella de donde surgió ya conocía los medios para descomponer un hombre en ondas, enviarlo a la Tierra y recomponerlo luego, eso significa que su cultura era inmensamente superior a la nuestra. Una cultura al lado de la cual, nosotros somos algo así como hombres de las cavernas.

—Perfectamente de acuerdo, profesor.

El matemático se volvió a pasar una mano por la frente, mientras susurraba:

—Ahora imagina que... que ese hombre que en teoría existe, pueda recibir mensajes de... de su mundo. Es decir, que cada día le hayan enviado algo así como telegramas con el estado de la ciencia en su punto de origen, y él los vaya recibiendo ahora. Cada día sabrá cosas que nosotros no podremos ni tan sólo imaginar. Teniendo en cuenta que partió de un punto científico ya mucho más elevado que el nuestro, dentro de un año sabrá tantas cosas que. Bueno, no quiero ni imaginarlo siquiera.

Fred abrió la ventana. Por allí penetró el aire seco y caliente de Las Vegas. La tormenta de la noche, un fenómeno excepcional en aquella parte de Nevada, había cesado ya. No quedaba de ella más que apenas un recuerdo.

—Voy a irme, profesor.

—Yo también, muchacho. Creo que los dos necesitamos que se nos refresque un poco la cabeza.

—¿Quiere un trago?

—No. Más bien necesito andar y... olvidarme de todo esto.

Fue a la puerta y salió.

No dijo ni siquiera si volvería al día siguiente.

Fred Valiant terminó de vestirse y fue a salir también. Una vez ante la puerta, hizo un gesto como para borrar todos los condenados pensamientos que le atormentaban.

Demonios... Aquello sólo había sido un sueño. Más valía olvidarlo de una vez. Pero no podía...

CAPÍTULO VII

Había una serie de cosas que Fred Valiant no entendería jamás, y una de ellas era ésta: ¿por qué todo se desarrollaba con tanta normalidad? Es decir: ¿por qué no había venido la policía a buscarle aún? ¿Es que Virgin no le había denunciado? ¡Eso era absurdo, era imposible! ¡La muchacha no podía estarse cruzada de brazos!

Pero aun contando con que Virgin no le hubiera denunciado, porque quería permitirse el placer de acabar personalmente con él, ¿cómo era posible que no hubiese intentado encontrarlo de nuevo? ¿Cómo se entendía que le hubiera dejado veinticuatro horas de descanso, permitiéndole así huir a cualquier sitio?

Entre las mil cosas que Fred Valiant no entendía, ésta era quizá la más urgente, por el momento.

De modo que resolvió hacer algo que normalmente no hubiera debido hacer. Resolvió volver a la habitación 501, donde se había encontrado con la muchacha.

Quizá así, dando la cara, le haría comprender que él nada había tenido que ver con la muerte de Irene Baser.

Era ya más de medianoche cuando se deslizó por los silenciosos pabellones y llamó discretamente con los nudillos en la habitación 501.

Nadie contestó.

Empleó entonces otra vez la lima de las uñas.

No se le ocultaba que estaba cometiendo una terrible imprudencia.

Quizá la policía no había venido a por él porque le estaba dejando cocer en su propia salsa. Quizá buscaba una

prueba, como podía ser, precisamente, la de que él entrase en la habitación de su víctima, a la que en teoría no tenía por qué conocer. Era una prueba lo bastante sólida como para que cualquier jurado del país le metiese entre rejas para toda la vida.

Lo más fácil era que encontrase allí dentro unos patrulleros armados como para la batalla de Guadalcanal, los cuales le echarían la zarpa encima y le llevarían a la jaula al grito de: «¡Has caído, macho!».

Pero Fred siguió adelante.

No tenía más remedio que correr ese riesgo.

Había pasado por tantas cosas últimamente que estaba dispuesto a afrontar también ese nuevo peligro.

Pero nadie le esperaba en la habitación vacía. Todo estaba tranquilo y limpio. La pieza aparecía meticulosamente en orden.

Los servicios de limpieza del hotel la habían arreglado de un modo rutinario, lo cual significaba que nadie había notado nada raro.

Entonces ¿no habían descubierto la muerte de Irene Baser?

¿Y dónde estaba Virgin?

Fred cerró silenciosamente y salió de allí. Una vez fuera del hotel, tomó un taxi y se hizo conducir al Continental. Desde la sala de juego telefoneó al Stardust, el hotel del cual había salido poco antes.

—¿La señorita Baser, en la habitación 501?

—Un momento, señor.

Se oyó el ruido de las clavijas al pedir comunicación con la 501. Al cabo de unos instantes, la voz respondió:

—Lo siento, señor, no contestan. La señorita Baser debe

estar ausente.

—¿Pero sigue hospedándose en el hotel?

—En efecto, señor. La llave de su habitación está aquí desde ayer, lo cual indica que no pernoctó. Pero como tiene la habitación pagada y no ha anulado el servicio, suponemos que volverá de un momento a otro. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

—No, gracias.

El joven colgó.

Una profunda arruga vertical partía en dos su frente.

No sólo era extraña la actitud de Virgin al dejar de perseguirle, sino más aún la de la policía. ¿Es que no había sido descubierto aún el cadáver? ¿Cómo era posible, hallándose dentro de un automóvil parado en mita del desierto?

Fred Valiant salió a la calle, de nuevo. La cabeza le daba vueltas. Entró en un bar y pidió una cerveza que bebió con avidez.

A la salida compró un periódico, y entonces tuvo la explicación de por qué la policía no había intervenido aún. La noticia estaba en tercera página. Se veía una foto mostrando los restos calcinados de un coche cuyo forma el joven reconoció inmediatamente. A un lado se veía un bulto muy pequeño cubierto por una lona.

Aquel bulto significaba que bien poca cosa había quedado de un cuerpo humano que dos días antes estuvo dotado de una espléndida anatomía. Significaba también que la policía no había podido identificarlo, y por lo tanto, ignoraba aún que correspondía a Baser. Entre la enorme cantidad de turistas que cada semana llega a Las Vegas, dar con un desaparecido requiere casi siempre más de

veinticuatro horas, a poco que falle la suerte.

Fred Valiant se puso un cigarrillo en los labios.

Le costó encenderlo.

Era increíble lo que le estaba pasando, pero hasta sus nervios fallaban de la forma más lamentable. No cabía duda de que alguien, es decir, la misma persona que degolló a la muchacha, había vuelto luego para incendiar el coche. Pero, ¿por qué no lo hizo antes? ¿Por qué permitió que él lo descubriese?

¿Quizá porque entonces no tenía suficiente bencina para abrasarlo? ¿Quizá porque regresó a Las Vegas a buscarla y, mientras tanto, Fred Valiant había descubierto el crimen?

Sí, ésa podía ser una explicación.

Pero mientras tanto, ¿qué hacía Virgin?

¿Por qué no se había puesto en contacto con la policía?

¿O por qué no había tratado de matarle otra vez?

Volvió pensativamente al hotel.

Estaba dispuesto a registrar de nuevo la habitación 501 por si encontraba alguna pista.

Bordeó los pabellones, pasó junto a la piscina, que estaba casi completamente a oscuras, ya que era más de la una de la madrugada, y buscó el pasillo que le conduciría a la habitación de la muchacha.

Pero de pronto se detuvo.

Su experiencia de hombre entrenado le había advertido a tiempo. Sus ojos captaron aquel reflejo anormal, casi invisible, en la superficie del agua.

Volvió sobre sus pasos.

Sus músculos vibraban. Todo su cuerpo estaba dispuesto a salir disparado, allí donde captara la menor señal de peligro.

La débil luz que llegaba de uno de los bares peinaba el agua. Fue esa luz la que permitió ver el bulto humano deslizándose cabeza abajo. Fue esa luz la que le hizo sentir aquel estremecimiento que llegó hasta sus huesos.

No necesitó demasiado tiempo para saber de quién se trataba.

Le bastó con ver sus piernas.

Sus líneas sinuosas.

Aquellas líneas potentes y jóvenes que ya habían atravesado el umbral de la muerte.

Virgin...

Pero, de pronto, los pensamientos de Valiant se cortaron. Fue como si se hubiera roto la conexión con un cable misterioso que le ligaba a todo aquello. Vio venir la sombra hacia él y captó el reflejo del cuchillo.

Debían haberle estado esperando.

Quizá pensaban que era una presa fácil. Que le sorprenderían al borde de la piscina cuando regresara.

Algo le dijo también a Fred que aquel cuchillo que venía hacia él era el mismo que había degollado a Irene Baser. Algo le dijo que estaba ante el asesino de la muchacha y quizá, también, ante el asesino de Virgin.

El cuchillo voló hacia él.

El tajo que dibujó en el aire fue certero e implacable.

De diez hombres puestos en aquella situación, nueve hubieran sido degollados instantáneamente, pero Fred Valiant estaba entrenado para combates cuerpo a cuerpo. Tan bien entrenado estaba que, de pronto, su amigo vio ante los ojos una nubecilla roja.

Fred no sólo había esquivado la cuchillada.

Había lanzado un auténtico golpe asesino con la mano

derecha.

La horquilla.

Los dos dedos en forma de V que destrozan los ojos de un enemigo.

El cuchillo voló por los aires. Se oyó un gemido de dolor, un gemido ronco que parecía no surgir de una garganta humana. Valiant vio que su enemigo vacilaba al borde de la piscina y se hundía en ella.

Él también vaciló.

Sus pensamientos eran un torbellino.

Tanto que le producían vértigo. Tuvo la brusca sensación de que él también se hundiría en aquellas aguas negras.

Cuando se rehízo, trató de sacar de allí a su enemigo sin meterse en la piscina, porque si alguien le veía regresar mojado a su habitación sospecharían en seguida. Cuando lo consiguió, era ya demasiado tarde. Pudo darse cuenta de que aquel tipo acababa de morir.

En torno suyo, el agua se había teñido de rojo.

La sangre brotaba de sus pupilas.

Fred Valiant soltó poco a poco a aquel hombre, tras convencerse de que no lo había visto jamás. Lo vio hundirse en silencio como el hipnotizado que distingue una escena irreal a través de las brumas.

Luego regresó a la suite. Nadie le había visto, estaba seguro de ello. Pero también estaba seguro de que no podría seguir en Las Vegas ni un día más.

Resolvió marchar a la tarde siguiente.

Hacerlo demasiado pronto quizá llamaría la atención, pero largarse cuando ya los cadáveres hubiesen sido retirados no sorprendería a nadie. Y si era necesario

acreditar su verdadera personalidad (que por el momento le ponía a salvo de toda sospecha), lo haría.

Fred Valiant sonrió amargamente mientras avanzaba entre las sombras.

¿Su personalidad?

¿Quién era realmente él?

¿Quién le guiaba?

¿Qué ojos exactamente iguales a los suyos le estaban viendo desde las estrellas, le estaban mirando desde el infinito?...

CAPÍTULO VIII

En Cabo Kennedy funciona una pequeña oficina de control de datos a la que muy pocas personas tienen acceso. Varias computadoras trabajan silenciosamente allí, día y noche. No sólo se reciben noticias atmosféricas y no sólo se hacen cálculos a distancias y gravitaciones, sino que también son seleccionados en ella los astronautas más adecuados para cada misión. Teniendo en cuenta las dificultades de ésta, el hombre o los hombres más capacitados para resolverlas son los elegidos.

Eso significa que allí deben hallarse todos los datos sobre los astronautas.

Absolutamente todos.

No puede enviarse a una misión de alunizaje a un hombre que de niño mostró síntomas de horror al vacío, aunque luego los haya superado. Un hombre así puede permanecer dentro de la cápsula, pero no pasear por un cuerpo celeste absolutamente desierto y donde, de pronto, puede acometerle su viejo horror.

Tampoco puede emprender largas misiones, un hombre que sea un sentimental; un hombre que en su juventud escribiera tiernas poesías, por ejemplo, y que añore constantemente la palabra de los demás seres humanos. Por alta que sea su preparación, un astronauta así puede fallar, sin saberse cómo, en el peor momento. La sensación de soledad puede hundirle de la manera más inesperada.

Por eso, en la pequeña oficina de Cabo Kennedy se guardan todos los datos sobre los hombres que efectúan las misiones espaciales, desde las características de su

nacimiento hasta la formación psicológica en su niñez. Fred Valiant sabía que en ningún otro lugar del mundo encontraría tantos datos sobre sí mismo.

Pero el oficial que le atendió no lo veía tan claro.

Musitó:

—¿Qué pasa, Valiant? ¿Es que ya no sabe quién es?

—No, no se trata de eso. Claro que no...

—¿Pues por qué me hace esas preguntas?

—Verá... Quiero saber si hay algo que a mí me fuera ocultado. Sé que la NASA ha hecho investigaciones sobre mi vida que yo no he podido hacer. Es decir, en esos ficheros hay cosas sobre mí que desconozco yo mismo.

—De acuerdo. No hay inconveniente en que las sepa, siempre que no estén clasificadas como secreto.

—¿Secreto incluso para mí mismo?

—Sí, incluso para usted mismo, Valiant.

—¿Puede saber, por ejemplo, si tengo un hermano gemelo?

El oficial se echó a reír.

—¿Ha bebido Valiant?, ¿qué le pasa?

—Por favor, mírelo. Consulte los datos que están anotados en la memoria de la computadora y que ya han sido contrastados con todos los demás.

—De acuerdo, de acuerdo. ¡Pero qué tontería!

El oficial no necesitó más que dos minutos para darle una respuesta.

Musitó:

—No, no ha tenido usted un hermano gemelo. Menudo lío hubiera sido.

—¿Dónde nació?

—En una clínica llamada Meridian, en la Octava

Avenida de Nueva York.

—¿Se han comprobado los datos de todos los nacidos aquel día?

—Sí, claro que sí. No hay error posible. Las computadoras son máquinas monstruosas que lo comprueban todo.

—¿Viví alguna vez en una casa donde hubiera una verja de hierro?

—¿Queeeeé?

—Una verja de hierro.

—Diablos, no sé si ese dato figurará, pero voy a mirarlo. Espere...

La respuesta fue esta vez más sencilla, porque los datos de todos los lugares donde había vivido estaban cuidadosamente anotados. El oficial susurró:

—No. Jamás ha vivido en una casa donde hubiera una verja de hierro.

—¿Ni en vacaciones?

—No. Oiga..., ¿a qué viene todo eso, Valiant? ¿Es un truco para que le den un descanso más largo?

Él movió la cabeza, con desesperanza.

—No, no es ningún truco... ¡Qué más quisiera yo! Lo que necesito precisamente es que me envíen pronto al espacio para quitarme muchas preocupaciones que me ligan a la Tierra. Pero quiero hacerle una última pregunta; una última pregunta que es importante: ¿quién cuidó de mis padres cuando yo ingresé en la Aviación y me separé de ellos?

El oficial le miraba más asombrado cada vez.

—¿De veras no recuerda eso, Valiant?

—Quiero comprobarlo.

—Está bien, está bien... Se lo diré aunque todo me parezca una tomadura de pelo—. Consultó los datos en sólo unos segundos—. Aquí consta que era usted el que estuvo enviando dinero a sus padres hasta que ambos murieron en aquel accidente de avión. No les enviaba una fortuna, desde luego, porque usted ha empezado a ganar dinero de verdad ahora, Valiant. Pero era usted el que les mantenía, ya que su padre había tenido que jubilarse anticipadamente y en malas condiciones, debido a una lesión cardíaca ¿Está claro de una vez?

—Claro que lo está. ¿Pero quién cuidaba materialmente de ellos?

El oficial ya empezaba a estar harto.

Miró a Fred como si temiera que éste, efectivamente, se estuviese burlando de él. Pero consultó de nuevo la computadora, antes de decir:

—Los cuidaba Mirian MacDonald. ¿Lo ha olvidado?

Él cerró un momento los ojos.

Miriam MacDonald... ¿Olvidarla? ¿Cómo era posible? ¿Cuántas cosas habían tenido que pasar para que él hubiese estado tanto tiempo sin pronunciar su nombre?

—Gracias —dijo—. Una última pregunta.

—¿De veras?

—¿Dónde vive Miriam ahora?

—En Oriental Boulevard, frente a la playa, en el extremo sur de Brooklyn. ¿Quiere que se lo apunte en una tarjeta o prefiere llevarse la computadora a hombros para ir haciéndole preguntas mientras tanto?

Valiant no encontraba ninguna gracia a aquella situación, pero musitó:

—No le molestaré más. Perdone el tiempo que le he

hecho perder.

—Nada de eso, hombre... ¡Estamos aquí para servirle! ¡Pues no faltaría más!... ¡Lo raro es que no me haya preguntado el nombre de sus padres porque ya no se acuerda!...

Fred Valiant salió en silencio de allí.

Todo volvía a dar vueltas en torno suyo.

Pero se aguantó. Sabía que no podía ceder ahora que había emprendido un largo camino. Ahora que estaba en aquella extraña ruta que partía de sí mismo pero que llevaba a una puertecita sobre el abismo, una puertecita más allá de la cual sólo estaban la niebla y la muerte.

CAPÍTULO IX

No fue de Washington a Nueva York en avión, sino en un coche alquilado. Necesitaba pensar tanto, que al emprender el viaje confió en que la larga carretera aliviaría la tensión de su cerebro. Pero, por desgracia, no fue así, ya que cuando entró en Manhattan por el Lincoln Tunnel estaba más atormentado que nunca.

Devolvió el coche alquilado, se instaló en el hotel Taft y trató de descansar aquella noche. Pero no pudo. Ni siquiera el acostumbrado programa de música clásica de Radio Atlantic City, aquel programa que escuchaba desde su adolescencia, consiguió calmar la tensión insoportable de sus nervios.

Una serie de pensamientos pinchaban como alfileres en su cerebro. No sólo era la muerte de Virgin y de Irene Baser, sino una serie de cosas que no lograba entender. ¿Por qué habían muerto realmente las dos muchachas? ¿Por qué habían tratado de matarle también a él? ¿Y por qué Irene Baser se había hecho retratar sentada en una silla de ruedas? ¿Por qué detrás de ella, en la ventana situada tras la verja de hierro, estaba un hombre igual a él mismo, igual a Fred Valiant?

¿Era ése el extraño ser que había llegado desde otro mundo?

¿Era su doble, nacido fuera de la Tierra, quizá a un millón de años luz?

Valiant tuvo que darse una ducha helada, a media noche. Pensó que se volvería loco.

Pero llegó a la conclusión de que la foto que le enseñó

Virgin, y que él aún conservaba, no era real. Tenía que tratarse de un trucaje. Ni había motivo para que ella se sentase en una silla de ruedas ni podía existir un hombre igual a Valiant, mirándola desde detrás de una ventana.

A la mañana siguiente decidió, de todos modos, hacer algo que quizá podría aclarar algunas cosas. Buscó la guía telefónica de Nueva York la posible existencia de una abonada llamada Irene Baser.

Y la encontró.

Fue una buena sorpresa para él, porque Irene podía haber vivido en cualquier otro lugar de Estados Unidos. Pero, según la guía, habitaba en el distrito de Richmond, en Woodrow Road, cerca de la Academia de San Luis. De modo que el joven decidió ir allí.

Pero antes de abrir la puerta para salir recordó algo.

«Es una cuestión de cortesía... —se dijo—. He de contestarles».

Había encontrado en uno de sus bolsillos la carta que le entregaron en Las Vegas y procedente del Instituto de Matemáticas Aplicadas de Wisconsin. El lugar desde el cual le habían felicitado por el envío de su magnífico estudio, recordándole que, no obstante, el trabajo quedaba incompleto por la falta de una fórmula.

Valiant sintió un estremecimiento.

Aquel magnífico estudio no lo había enviado él.

Eso era lo terrible.

Ni tampoco podría enviarles, por tanto, la fórmula que faltaba. No tenía ni idea. De todos modos tomó un papel timbrado del hotel y les escribió dándoles las gracias por su amabilidad, al tiempo que les preguntaba cómo sabían que él iba a estar en Las Vegas. Luego les indicó, sólo para quedar

bien, que no sabía cómo resolver la última ecuación, al menos por el momento, pero que, en su opinión, las incógnitas planteadas tal vez pudieran resolverse si una de ellas era eliminada y sustituida por una variable. Es decir, el planteamiento de las incógnitas era incorrecto.

Luego Valiant firmó y cerró el sobre.

—A ver si van a creer que soy un genio matemático —murmuró—. Pobre de mí... Sólo sé lo que sabe un astronauta y lo que me ha enseñado el profesor Sorensen...

Una vez en el vestíbulo del hotel, franqueó el sobre en una máquina automática, lo depositó en el buzón y no volvió a acordarse de él. Tenía cosas más importantes en qué pensar.

Por ejemplo, en llegar al domicilio de Irene Baser...



Woodrow Road es una agitada arteria de Richmond que lleva hasta el cruce con Kill Road, una de las columnas vertebrales del distrito. Valiant se dirigió hasta allí en un taxi y miró desde la esquina opuesta la casa en que había vivido Irene Baser, la muchacha degollada en un coche color Jamaica sobre el desierto de Nevada. Era un pequeño edificio de una planta que quizá pronto sería derribado para hacer edificios más altos. Tenía un cierto aire vetusto, pero era acogedor. Conservaba ese aire ya *demodé*, pero todavía lleno de encanto de las viviendas unifamiliares que se construían en el distrito en la época de los buenos negocios, antes del crac del año 29, después de la Gran Guerra.

La casa parecía deshabitada.

Era lógico.

Su inquilina, al fin y al cabo, estaba muerta.

Valiant pasó a distancia un par de veces, husmeando la posibilidad de colarse allí, cuando distinguió los escaparates de un laboratorio fotográfico situado en la esquina de Huguenot Road. Sin pensarlo dos veces, entró en él.

—Quisiera hacer una consulta técnica —dijo al empleado, mientras le pasaba por encima de la mesa un billete de cinco dólares—. ¿Usted cree que en esta fotografía hay trucaje?

Le mostró aquélla en que Irene descansaba en una silla de ruedas y en que él mismo aparecía mirándola a través de una ventana.

El empleado pestañeó.

—Pero si es usted mismo, señor. ¿Pregunta si hay trucaje? Usted debe saberlo.

—Es que temo que alguien me gastara una broma. Es imposible que yo estuviera ahí. Jamás me he encontrado en una casa como ésa.

El empleado volvió a pestañear.

Valiant le pasó otros cinco dólares.

—Veré lo que se puede hacer —dijo el otro—. Modestia aparte, soy un profesional que conoce su oficio.

Y examinó con una cinta milimetrada el posible enfoque de la cámara, así como la situación de los personajes.

Luego susurró:

—Es sorprendente, pero tiene usted razón.

Valiant sintió un estremecimiento.

—¿Por consiguiente... no soy yo?

—Tengo la impresión de que es usted, puesto que el parecido resultaría asombroso en otro caso. Pero aquí ha habido trucaje. Usted no estaba tras esa ventana. En todo

caso, han empleado otra foto de usted y han hecho un montaje muy hábil, un montaje que me parece asombrosamente perfecto.

—¿Por qué piensa eso?

—Muy sencillo: hay una inclinación anormal de su cuerpo. Usted no podía estar en la ventana echado hacia atrás de esa manera y en una postura tan rígida. Es el caso típico de la foto que se recorta para pegarla en determinado sitio de otra foto más grande y dar la sensación de que el personaje estaba allí. En esta ocasión la han inclinado excesivamente hacia atrás. Es el único fallo.

Valiant suspiró aliviado.

Por lo menos ya sabía algo que le libraba, en parte, de su terrible pesadilla.

No había nadie igual a él.

No tenía un doble llegado desde las profundidades del espacio.

Las razones por las que se había hecho aquel trucaje no le importaban. Lo esencial era que todo resultó falso. Ni mensajes extraterrestres, ni sillas de ruedas, ni nada.

Tanto, que el joven perdió interés por la casa de Irene Baser. Ya no quería entrar en ella. Mejor olvidar aquello de una vez. Mejor largarse de Nueva York para siempre.

Dio las gracias y salió.

Estaba dispuesto a no acordarse más de aquella pesadilla.

Y sentía un inmenso alivio por eso.

Regresó al hotel Taft, en la Séptima Avenida, dispuesto a liquidar su cuenta y largarse de allí. Le convenía cambiar de ambiente.

Comió en el mismo restaurante del hotel con buen

apetito y luego se retiró a descansar un par de horas, antes de pedir la cuenta. Como apenas había dormido la noche anterior, estaba reventado. Durmió hasta las seis de la tarde, sin darse cuenta.

Le despertó entonces el zumbido del teléfono.

Hizo un gesto de sorpresa.

Era extraño que le llamasen, puesto que nadie tenía motivos para saber que se hospedaba allí.

Por lo tanto, era seguro que le llamaban desde conserjería para darle un recado rutinario. Descolgó.

Pero no le telefoneaban desde conserjería, sino desde un sitio en el que no había vuelto a pensar más: desde el Instituto de Matemáticas Aplicadas de Wisconsin.

—No sabe cuánto cerebro encontrarle —dijo una voz desconocida—. Gracias, señor Valiant. De verdad... Muchas gracias.

Él parpadeó. Creía estar soñando todavía.

—¿A qué se refiere? ¿A mi carta?

—Sí, señor Valiant.

—¿Cómo la han recibido tan pronto?

—Tenemos una casilla especial en Correos de Nueva York. Allí un empleado nuestro abre la correspondencia y nos la envía por telefoto. La tenemos en pocos minutos.

—Ah... Me parece admirable. ¿Y por qué me dan las gracias? Ya habrán visto que mi carta era de simple disculpa. Lamentaba no poder ayudarles. Es que mis conocimientos no llegan a tanto... De verdad, les ruego que me perdonen, pero no puedo hacer más. Soy simplemente un matemático aficionado.

La voz desconocida dijo desde el otro lado del hilo:

—Señor Valiant, su modestia excesiva me abruma. Yo

no soy un matemático aficionado, sino un buen profesional, un hombre que lleva años en la Academia de Ciencias Exactas y, sin embargo, me descubro ante usted. La idea de sustituir una de las incógnitas de la ecuación por una variable es asombrosa. No se nos había ocurrido a nadie. La hemos examinado en equipo y resuelve todos nuestros problemas. Gracias otra vez, señor Valiant. Esperamos que se digne venir a visitarnos un día, para recibirle como merece.

El joven no supo qué decir.

Farfulló unas cuantas palabras apenas inteligibles, ya que su boca estaba seca como un pedazo de desierto.

Y colgó.

Se hubiera lanzado de cabeza contra las paredes.

Pero, ¿qué... qué diablos de idea asombrosa?

¡Si él se había limitado a decir algo sencillo para salir del paso, algo que no significaba nada!

De pronto se estremeció.

¿Una cosa sencilla?

Él había hablado de sustituir una incógnita por una variable. Muy bien. Lo había escrito sin darle importancia. ¿Pero dónde había aprendido él eso? ¿Dónde le habían hablado de aquella clase de variables?

Sintió un sudor helado en la espalda.

En ninguna parte.

De eso estaba seguro.

En ninguna parte...

Miró sus propias manos con horror, como si pertenecieran a otro, y paseó también sus ojos por los muebles un poco anticuados, como si pertenecieran a otra época. De repente le pareció que se había metido en una

especie de túnel del tiempo donde todo giraba vertiginosamente en torno suyo. Si él había escrito aquella idea, ¿de dónde la había sacado?

No había hablado con nadie.

No había leído ningún libro.

No había escuchado tampoco ningún programa cultural. Sólo el programa de siempre, el de música clásica de Radio Atlantic City.

Y otra vez aquella fría sensación de horror se apoderó de él. Otra vez volvió a verse detrás de una ventana desconocida.

Y mirando a Irene Baser.

Una muchacha a la que, sin embargo, no había visto nunca hasta que la encontró degollada en el desierto de Nevada.

Otra vez se reconoció a sí mismo en aquel extraño personaje que estaba inclinado de una manera anormal. Es decir, alguien que, al parecer, no se movía como les demás hombres.

Valiant sintió el frío de la muerte.

Aquel sudor helado casi le ahogaba. Decidió salir del hotel porque no podía soportar aquel encierro.

Y se dirigió, en un taxi, otra vez al distrito de Richmond, donde había estado por la mañana. La tranquila casita de Woodrow Road parecía más silenciosa y solitaria que nunca, puesto que todo en torno suyo estaba iluminado y en cambio sus ventanas aparecían negras. Los comercios empezaban a cerrar a aquella hora, pero los más modestos, como el pequeño taller de bicicletas casi frontero, aún estaban abiertos. Valiant, sin saber qué, se sintió más tranquilo.

Al menos aquello tenía un sabor familiar, íntimo. Al

menos, aquel era un ambiente de gentes normales y donde casi todo el mundo se conocía. Allí uno no podía pensar en fantasmas, en seres llegados desde el otro mundo, en constelaciones de Alfa Centauro ni en millones de años luz.

El joven produjo un chasquido con dos dedos.

Ahora que no la buscaba, se dio cuenta de que tenía una magnífica oportunidad para entrar en la casa donde había vivido Irene Basar.

Un camión de reparto, detenido casi enfrente, tapaba la visibilidad. Si se daba prisa en forzar la cerradura, nadie le distinguiría.

Atravesó la calle.

Se situó ante la puerta y vio que la cerradura era sencilla. Como en la preparación de un astronauta intervienen los conocimientos más insospechados, Valiant sabía deshacerse de una cerradura bloqueada. Empleando la lima de uñas, la abrió.

Pasó inmediatamente al interior para encontrarse en un vestíbulo pequeño y que recordaba al de las antiguas casas inglesas para la clase media. Atravesó unas cortinas y encendió la luz.

Pensó que no se distinguiría desde la calle.

De una forma meticulosa, sin prisas, empezó a examinarlo todo en aquel ambiente donde había vivido Irene Baser. Por lo que pudo deducir, la muchacha era ordenada y juiciosa. No había nada fuera de su sitio. Todo reflejaba unos gustos moderados y unos gastos más moderados aún. Las fotografías llamaron su atención de una forma especial, pero no encontró ninguna que le causara un estremecimiento. Volvió a pensar que todo lo sucedido había sido una especie de sueño, una especie de visión fugitiva de algo que no había

existido jamás...

Y fue en aquel momento cuando llamaron a la puerta.

Fred Valiant se estremeció.

Dudó entre ir a abrir y dar la cara o fugarse por una de las ventanas traseras de la casa.

Al fin se decidió a abrir.

Nunca debió haberlo hecho.

Iba a encontrarse con una huella del otro mundo, con una nueva visión de aquel infierno que tal vez sí existía.

CAPÍTULO X

Y sin embargo, lo que iba a encontrar Valiant ante sus ojos no podía ser más sencillo. Se trataba de un muchacho vestido con un mono blanco algo manchado de grasa. Aquel muchacho llevaba en sus manos una rueda.

—Perdón —dijo, con un gesto de sorpresa al ver a Valiant—. Creí que estaba la señorita Baser. He visto filtrarse un poco de luz y...

Valiant hizo una mueca.

Había confiado demasiado en las cortinas pensando que no dejarían filtrar la luz hasta la calle. Ahora se daba cuenta de su error.

—La señorita Baser no está —dijo, sintiendo que pisaba terreno falso—, pero soy amigo suyo. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Bueno. —El chico parecía algo confuso—. Es que como hace tiempo me encargó esta rueda y aún no ha vuelto. En fin, al ver luz he creído que ya volvía a estar aquí. Yo soy del taller de bicicletas del otro lado de la calle, ¿sabe?

—Ah, bien.

—¿Va a quedarse con la rueda? Es un dólar.

—Claro que me la quedaré —dijo Valiant, deseando que el chico le viera cuanto menos mejor—. Aquí tienes un dólar y medio. Pero, ¿a qué bicicleta de Irene corresponde esto? No he visto ninguna.

El muchacho cabeceó negativamente.

—No es de bicicleta, señor —dijo—. ¿No lo ha notado? Es de una silla de ruedas.

Valiant notó otra vez aquel vacío en el estómago. Era un

vacío espantoso y que le cortaba la respiración.

Musitó:

—La señorita Baser no usaba... silla de ruedas.

—No, ya sé que no... ¡Menudas piernas tiene! Pero a nosotros nos dio a arreglar esto y hemos hecho el trabajo. La rueda debe ser de alguna persona conocida.

—Sí, claro. De alguna... persona conocida.

Y Valiant volvió a sentir frío hasta el fondo de los huesos.

Cerró la puerta.

Otra vez la sensación del horror volvía a él; otra vez se daba cuenta de que aquel mundo sideral que había entrevisto por una rendija era espantosamente cierto.



Tuvo que buscar en la guía telefónica porque ya no recordaba el número. Quizá era vergonzoso, pero ya no se acordaba para nada de él. Repasó la línea de los MacDonald hasta encontrar el nombre de Miriam. Luego discó.

Recordaba a Miriam MacDonald, la muchacha que había cuidado de sus padres, como una chica tímida, un poco desgarbada tal vez, una de esas chicas que crecen demasiado aprisa y que nunca preguntan nada, porque la timidez las domina.

Pero habían pasado cuatro años desde eso.

Cuatro años durante los cuales Fred Valiant no la había visto, no le había escrito una sola vez, excepto para felicitarla con motivo de las Navidades o el Año Nuevo. Teniendo en cuenta que Miriam se había portado con sus padres como una verdadera hija, semejante olvido no

admitía disculpa.

En realidad, Valiant no sabía qué era lo que quería preguntarle.

Todo se confundía para él en un mar de brumas que no llegaban a ninguna parte.

Pero reconoció su voz, incluso al cabo de tanto tiempo. Su voz confiada, tranquila, cálida. Su voz que aún conservaba unas suaves inflexiones de niña.

—¿Quién es?

—Valiant.

Casi se captó el estremecimiento de la joven al otro lado del hilo, cuando exclamó entusiasmada:

—Fred.

—Te debe extrañar oírme al cabo de tanto tiempo... Casi me daba vergüenza llamarte, después de no haber hecho nada por verte en cuatro largos años.

—Una vez muertos tus padres, ¿para qué ibas a volver aquí? Incluso ya sabes que vuestra casa fue alquilada a otros. No la reconocerías.

Valiant apretó los labios con una mueca de pena.

Aquella sensación de mundo que cambia, de mundo que se destruye un poco cada día y donde ningún recuerdo es respetado, le producía, a veces, una honda congoja.

Pero intentó mostrarse animado, al decir:

—Pues acabo de regresar para estar unos días en Nueva York. Ya era hora, ¿verdad? Y me gustaría verte.

—¿Ahora?

—¿Y por qué no?

Ella asintió inmediatamente.

—Perfecto. ¿Dónde estás?

—En... en ningún sitio importante. Pero podríamos

encontrarnos, por ejemplo, en Shore Parkway. Veo por la guía que tú sigues en Brooklyn.

—Perfecto. En Shore Parkway, junto al puente Verrazzano, dentro de media hora. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto. Es decir... Miriam...

Él vacilaba.

La voz femenina preguntó:

—¿Qué?

—Supongo que no tienes que dar cuentas a nadie. Es decir, supongo que no estás casada... o algo de eso.

Se oyó, al otro lado del cable, una risita sana.

—Descuida, no he de dar cuentas a nadie. Una chica como yo, ¿con quién va a casarse? Sigo tan desgarrada como siempre.

¡Es una desgracia!...

Y colgó.

Valiant colgó también. No sabía por qué, pero se sentía más optimista. Aquella voz clara y serena eliminaba muchas de sus preocupaciones. Le centraba otra vez en el mundo en que habitamos, y le alejaba de los misterios.

Pero un pensamiento vino entonces a él. ¿Y si Miriam había cambiado mucho en cuatro años y no la reconocía? ¡Por la zona en que se habían citado pasa tanta gente!... De modo que volvió a discar el número y preguntó:

—Miriam..., ¿qué vestido vas a llevar?

—Pero, ¿por qué? ¡Si me reconocerás en seguida! ¡Soy lo más desgarrado que existe!...

—De todos modos, dímelo.

—Está bien... Usaré un vestido blanco con pequeñas manchas rojas. Y no caviles tanto, hombre... Cuando veas un par de piernas largas y feas, ésa soy yo.

Miriam seguía teniendo el buen humor de sus días antiguos. Valiant sonrió al oírla. Dentro de sus angustiosas dudas, la chica le estimulaba.

Salió de la casa, cerrándolo todo cuidadosamente, y en un taxi se hizo conducir a Shore Parkway en la zona lindante con el inmenso puente Verrazzano. La distancia no es excesiva si uno emplea la Staten Parkway, que desde Richmond cruza precisamente el famoso puente, en la parte de Nueva York más adentrada en el mar, en esa parte que los turistas casi nunca visitan.

El tráfico aún era intenso a aquella hora, y bastantes personas paseaban aprovechando el buen tiempo.

Fred Valiant no tuvo que esperar más que unos minutos.

De pronto, vio a la chica cruzar la calle.

Estaba aún a unas cincuenta yardas. Venía, al parecer, de la zona de Colonial Road. Las intensas luces amarillas que daban sobre la calzada la iluminaban perfectamente.

A Valiant no le pareció tan desgarbada.

Ni tan alta como antes.

Claro... En cuatro años las chicas cambian.

Fue a su encuentro, disponiéndose a cruzar la calzada que en ese momento ofrecía a los peatones luz verde.

Pero, de pronto, algo le detuvo.

Tardó en comprender lo que era.

Incluso en el primer momento no tuvo ni siquiera una sensación. Fue como algo que sucediera dentro de sí mismo. Como si aquella llamarada roja hubiese brotado del interior de sus propios ojos.

Todos los músculos de Valiant se tensaron.

Instintivamente saltó de costado.

La llamarada roja acababa de producirse a treinta yardas,

justo donde ahora estaba la chica.

La explosión se oyó en toda la zona.

Fue como si una bomba de mano hubiera estallado dentro del vestido blanco con manchas rojas.

La muchacha saltó en pedazos.

En horribles pedazos hechos con su carne blanca.

En horribles manchas hechas con su sangre roja.

CAPÍTULO XI

La sensación de angustia y de náusea que Fred Valiant sintió en aquel momento no puede ser descrita con palabras humanas. Se creía un hombre fuerte y preparado para cualquier cosa, pero en realidad no lo estaba. Al menos para aquello, no. En nombre de todos los infleamos. Para aquello, no... Oyó que la gente chillaba.

Los automóviles se habían detenido. Iluminaban con sus faros la increíble escena.

Varios transeúntes corrían hacia allí. Un policía hacía sonar su silbato, estridentemente.

Y, sin embargo, Fred Valiant no podía moverse. Él era el más afectado por la tragedia y el único que no podía dar un paso, el que se sentía sin fuerzas para llegar hasta allí, como si en lugar de recorrer treinta yardas hubiese de recorrer treinta millas. El pensamiento penetraba en su cerebro y quedaba inscrito allí con letras de fuego.

Miriam había muerto. Había muerto de una forma horrible. Como si la hubieran fulminado desde el cielo. Desde el cielo.

Fred Valiant se dio cuenta de que iba a enloquecer. Su cerebro se negaba ya a seguir resistiendo aquello. Algo parecía a punto de estallar en sus venas, en el fondo mismo de su ser.

Pero le faltaba la última prueba.

Le faltaba lo último que esperaba oír en aquel momento. Las últimas palabras del mundo.

La voz musitó a su lado:

—Siento haberte hecho esperar, Fred.

Fred Valiant sintió que algo quemaba en el fondo de su cerebro. Porque la voz que acababa de escuchar tras él, como si la hubiese traído la noche..., ¡era la misma que escuchó antes por teléfono! ¡Era la voz de Miriam MacDonald!...

CAPÍTULO XII

Otra vez le faltaron fuerzas para volverse. Otra vez tuvo la sensación de que sus músculos no le obedecían.

Pero la voz sonó otra vez tras él. Aquella voz dijo de una forma suave:

—Siento que hayas tenido que presenciar este espectáculo horrible. Yo misma no..., no sé comprenderlo.

Él se volvió, al fin.

Y vio la cara de la chica.

Y su cuerpo.

¿Quién había hablado de figuras desgarradas, de piernas feas?...

Al llenar (¡y de qué manera!) todos los huecos que cuatro años antes ofrecía su largo esqueleto, Miriam se había transformado en una espléndida mujer. Tenía unas líneas rotundas, tentadoras, firmes; unas líneas como para ponerse a soñar despierto.

Pero los pensamientos de Valiant no se centraron ni unos segundos en eso. Inmediatamente se dio cuenta de que allí también había algo que parecía producto de una visión del otro mundo. Por eso balbució:

—Pero... pero tú...

Ella tenía lágrimas en los ojos.

Bisbiseó:

—Por favor, vámonos de aquí.

Fred también lo estaba deseando, de modo que se alejaron, sin saber ni siquiera adónde iban. Junto a Dyker Beach Park, muy cerca de donde estaban, distinguieron un

bar abierto. Se metieron en él y se sentaron ante una mesa situada al fondo. Sus ojos, pero sobre todo los ojos de la muchacha, parecían perdidos en la lejanía.

Por unos instantes Fred Valiant llegó a dudar de que ella fuese algo real.

La había visto morir unos minutos antes...

Pero Miriam musitó:

—Se llamaba Nadine.

—¿La..., la conocías?

—Vivía conmigo.

—¿Compañeras?

—Sí. Las dos trabajábamos en el mismo sitio.

—¿Pero entonces por qué...? ¡Dios santo! ¿Por qué?...

—Me hago cargo de que no entiendas nada, Fred. Y sin embargo, es sencillo.

—¿Sencillo?...

—Nadine vivía conmigo, como te he dicho. Estaba delante cuando hemos hablado por teléfono hace poco.

—Muy bien. Al menos eso lo entiendo. Sigue.

—La idea de que yo fuera a encontrarme con un astronauta famoso, con un hombre como tú, la ha entusiasmado. Había visto muchas fotos tuyas. Le parecías un hombre extremadamente interesante.

—Señal de que no me conocía realmente. Sigue.

—Entonces ha ideado algo: como tenemos aproximadamente las mismas medidas, ha tomado, sin que yo me diera cuenta, mi vestido blanco con manchas rojas, que es el que uso habitualmente, y ha salido unos instantes antes que yo. Sin duda quería conocerte. Darte una sorpresa. Es decir, iniciar una amistad con algo chocante y de lo que al principio no pudieras escabullirte.

Los ojos de la muchacha seguían perdidos en el vacío. Y en el fondo de aquellas pupilas seguía el brillo quieto de las lágrimas.

Él murmuró:

—Pero..., ¿qué tenía ese vestido?

—Alguien debía haber pegado a él un explosivo muy potente. Los hay de plástico, ya lo sabes. Pueden colocarse, por ejemplo, en las hombreras sin que apenas se note.

Fred sintió otra vez en los huesos el frío de la muerte.

Balbució:

—Pero eso... ¿Por qué?

—Alguien quiere matarme, y ese alguien ha matado a Nadine por error. Supongo que ese explosivo tenía un tiempo marcado que quizá estaba regulado por el calor propio del cuerpo. Sé que esas cosas son fáciles de conseguir ahora.

—Pero, ¿por qué quieren matarte?

—No lo sé.

—¿Lo han intentado antes?

—Una vez... me tirotearon desde un coche.

—¿Quiénes?

—No llegué a verlos. Sólo me di cuenta de que me había salvado por milagro, y eso fue suficiente para mí.

—Pero..., pero antes te habrían pedido, te habrían exigido algo. Sea dinero, sea información..., ¡algo! No iban a matarte así, por simple deporte. Un loco puede hacerlo, pero una banda organizada, no. Una banda organizada busca algo.

Miriam apretó los labios.

—Buscaban información —dijo penosamente al cabo de unos segundos.

—¿De qué clase?

—Información sobre Irene Baser.

Valiant ladeó la cabeza.

Se sentía completamente aterrorizado. Precisamente cuando algunos de aquellos detalles sueltos empezaban a ligar, era cuando más le dominaba la inquietud, hasta llegar a cortar el hilo de sus pensamientos.

—Irene Baser...

—Tú no la conoces, Fred.

—Te equivocas. La conozco.

—¿Dónde entraste en contacto con ella?

—Descubrí su cadáver en el desierto de Nevada.

Miriam se llevó las manos a los ojos.

Se notaba que ya no podía más.

El camarero que estaba al fondo, debía tomarles por una pareja de novios que tienen un disgusto, y por eso no se acercaba.

Ella sólo pudo decir:

—Dios santo...

—¿La conocías, Miriam?

—La había visto algunas veces.

—¿Por qué razón?

—Venía a veces a casa de tus padres, cuando ellos estaban vivos.

Valiant sintió un nuevo estremecimiento.

La sensación del tiempo que vuelve, llegaba a él como un aire frío y sobrecogedor que atravesaba su piel.

—¿Qué tenía que ver Irene con mis padres? —musitó.

—No lo sé.

—¿De veras?

—Te lo juro... ¡Por Dios no lo sé!...

—Pero, ¿qué relación había, aunque fuera

aproximadamente? ¿No lo preguntaste?

—Irene era una chica bastante reservada. No daba explicaciones. Sólo sé que tus padres le daban dinero.

—¿Dinero?

—Sí. Y la acompañaban a veces. Tu madre una vez a la semana. Tu padre algo menos, pero siempre iba cargado de libros.

Valiant entrecerró los ojos.

—¿Libros?...

—Sí. De Astronomía, de Matemáticas, de Física...

—Por favor, Miriam, ¿no te equivocas en eso? ¿Tú sabes que mi padre era un modesto taxista?

—¿Cómo no voy a saberlo?

—¿Y qué le importaban a él la Astronomía, las Matemáticas y la Física?

—No lo sé, pero el caso es que se llevaba bastantes libros de esos. Nunca quiso darme explicaciones.

—¿Y hacía eso porque se lo indicaba Irene?

—Yo creo que sí.

—¿Llegaste a conocer a alguien más? ¿Conociste a una muchacha llamada Virgin u oíste hablar de ella?

—Sí.

—¿Quién era?

—Una amiga de Irene Baser. Creo que vivían juntas.

El joven volvió a entrecerrar los ojos.

En fin, he aquí al menos otro detalle que cuadraba. Pero eso no tranquilizaba a Fred, ni mucho menos, porque cada detalle que encajaba con los otros le daba la sensación de que aquella red se hacía más y más siniestra, más y más compacta. De que ya iba a ser imposible salir de ella.

Susurró:

—¿Sabes adónde iban mis padres?

—No.

—Pero quizá encontrarías algún indicio... Un billete de metro, una llamada a un taxi, un comentario sobre este o aquel barrio...

—No, la verdad es que no solían hablar de eso. Mejor dicho, no hablaban jamás. Por otra parte, no olvides que yo no vivía con ellos; me limitaba a atenderles en algunas cosas.

—¿Y no notaste ningún detalle peculiar? ¿No notaste en ese tiempo nada que te llamara la atención?

—Pues... —la muchacha vacilaba—. Pues no... La verdad es que no hay nada que tuviese la menor importancia.

—Sin embargo, ahora mismo estabas pensando en algo.

—No... Es decir, en nada que tenga importancia.

—Aun así, explícamelo.

—Verás... Te vas a reír de mí. Un día, tu padre dijo una cosa ridícula.

—¿Ridícula?

—Tanto, que incluso la había olvidado... La he recordado ahora, porque tú no paras de preguntarme. Pero quizá entonces me llamó la atención. Sí, hace cinco años me llamó la atención, bastante.

Fred apenas podía contener su impaciencia.

—Di lo que sea..., ¡dilo!

—Tu padre dijo que venía de ver a su hijo.

Fred Valiant sintió otra vez aquel estremecimiento hasta el fondo de sus mismos huesos. Ver a su hijo. Es decir, ¿a alguien como él?

¿Al que se había fotografiado junto a una ventana?, ¿Al que no parecía respetar las leyes de la gravedad?, ¿A..., a

quién?...

CAPÍTULO XIII

La muchacha le miraba fijamente y se dio cuenta de su cambio de actitud. Preguntó, con voz trémula:

—¿Qué te pasa?

Él intentó reanimarse. Para ello necesitó dejar su cerebro en blanco. Desesperadamente y como el que se agarra a la única tabla de salvación, intentó no pensar.

—En fin —dijo—, eso es absurdo, ¿verdad?

—Claro que lo es. Pero yo, al principio, entendí que habías vuelto a Nueva York y que te acababan de ver en alguna parte. Me puse la mar de contenta y les pregunté dónde podría encontrarte. Tu padre me contestó con una evasiva; me dijo que había hablado por hablar.

—Pero ¿tú tuviste la sensación de que te mentía?...

—Sí. Tuve la sensación de que me mentía, pero la verdad fue que lo olvidé al poco tiempo. Si no llegamos a hablar de eso contigo, es fácil que no lo hubiese recordado nunca más.

—¿Y, notaste alguna otra cosa extraña? Por ejemplo, cuando murieron, ¿fue al entierro alguien que se pareciera a mí?

—Por Dios, Fred, no digas tonterías. Tú estabas en las Hawái, y como ambos murieron en accidente de aviación y de pronto, no llegaste a tiempo para el sepelio. Pero no vino nadie que se pareciera a ti. ¿Qué quieres decir? ¿Qué puedes tener un hermano? ¡Que absurdo!

—Sí, claro que es absurdo —dijo él—. Perdóname.

—Por favor, vámonos de aquí. No puedo más.

—Un momento, Miriam. Estoy tratando de salvarte la

vida. Estoy tratando de que esa cosa horrible que acabamos de ver, no pueda repetirse contigo. Intenta recordar algo más. Inténtalo...

Su voz era persuasiva, suave.

Ella entrelazó los dedos nerviosamente.

—Está bien... —dijo—. Pero a lo largo de los años hay cosas que una olvida. O quizá una no se fija de verdad en ellas porque no tienen importancia.

—¿Por ejemplo?...

—Por ejemplo, un día tu padre trajo, para arreglar, una pieza de una silla de ruedas. Ya sabes que él era muy hábil con los dedos.

—¿Una... silla de ruedas?

—Sí.

—¿No te dijo de quién era?

—No. No me dio ninguna explicación.

Los ojos de Valiant estaban nublados. Otra pieza que encajaba en el rompecabezas y otra pieza que le hacía tener la sensación de que cada vez estaba metido más en el interior de aquella malla diabólica.

Pero no pudo seguir pensando en eso, porque hasta él llegó de nuevo la voz de Miriam. La voz dulce de Miriam, que susurraba:

—Otro día tu madre vino con el vestido roto. No demasiado, pero tuve de ayudarla a coserlo aquella noche.

—¿El vestido roto? ¿Y por qué?

Miriam dijo con suavidad:

—Me explicó que se había enganchado con una verja...

CAPÍTULO XIV

Otra vez aquella sacudida brutal. Otra vez aquella horrible sensación de frío en los huesos. Otra vez un mundo lleno de sombras del Más Allá y que giraba enloquecedoramente. Ella musitó:

—Quizá he dicho algo que no debí decir, Fred.

—No te preocupes. Justamente has dicho lo que yo esperaba oír.

Y el joven volvió la cabeza.

Sus pensamientos se paralizaron de nuevo.

Pero no fue por la sensación de lo inexplicable, que le había dominado hasta entonces. No fue por las sombras del Más Allá.

Fue por el buitre de la metralleta que se encontraba en la puerta. Aquel maldito hijo de perra que acababa de entrar, y que se disponía a barrerlos con plomo.



Fred sabía que no tiene nada de absurdo un asesinato así en Nueva York, a la vista de todos. Precisamente, son los que más se cometen. Los que más dejan petrificada a la gente, sin saber reaccionar, y mejor permiten a los asesinos la huida.

De modo que no se estuvo quieto ni un segundo. Otra vez los músculos funcionaron en él, por suerte, ya que su cerebro no funcionaba.

Se lanzó a tierra mientras empujaba brutalmente la mesa. Al empujar la mesa hizo caer también a la muchacha.

Eso les salvó la vida a ambos, porque una décima de

segundo de retraso hubiera sido fatal. La ráfaga de metralleta pasó por el sitio exacto donde hubieran debido estar sus cuerpos, desconchó la pared, destrozó varias lámparas y acabó hundiéndose en el suelo con un tableteo rabioso.

Los dientes de Fred rechinaron.

Se dio cuenta de que habían esquivado la primera descarga, pero no esquivarían la segunda. Precisamente ahora, el de la metralleta se acercaba para rematarles a placer desde unos pasos de distancia.

No le importaba que le vieses.

Seguramente era un asesino contratado al otro lado del país, y al que nadie volvería a echar el ojo nunca más.

Fred no tenía ningún arma.

Sólo..., sólo una de las dos botellas de cerveza que habían estado bebiendo.

Lanzó una justo a los pies de su enemigo cuando éste corría hacia allí. El esbirro resbaló, mientras lanzaba una salvaje maldición. No llegó a caer, pero perdió unos segundos decisivos.

Fred Valiant ya había tenido tiempo de saltar hasta la barra, que estaba casi junto a él. Ya había tenido tiempo de apoderarse de uno de los grandes cuchillos de partir roast-beef que descansaban en una bandeja.

Un buen cacharro para trincar roast-beef de asesino.

Nunca Valiant había hecho un lanzamiento tan perfecto.

Tan implacable.

Las enseñanzas de su época de comando no se le habían olvidado aún. Acertó a la centésima de pulgada. Cuando aquel desconocido quiso alzar la metralleta de nuevo, ya tenía la hoja clavada hasta el fondo del corazón.

Lanzó un estertor.

Con un último esfuerzo envió una nueva ráfaga.

Pero ya sin dirección. Las balas picotearon el techo. El individuo cayó de bruces mientras la sangre resbalaba junto a la barra.

El bar se había transformado en un caos de gritos y de carreras. Ahora que el peligro había pasado, todo el mundo corría y todo el mundo chillaba. Fred Valiant comprendió que no le convenía dar explicaciones a la policía, de modo que susurró:

—Vamos.

Miriam y él corrieron hacia la puerta.

Nadie intentó detenerles.

Se encontraron en la calle sin saber cómo, mientras alguien corría frenéticamente hasta el teléfono más próximo.

Valiant masculló:

—Por allí... ¡Vamos! ¡Nadie nos podrá seguir si atravesamos el parque!

Corrieron en la oscuridad. Sólo cuando estaban yo casi al otro lado del Dyker Park, se detuvieron para respirar normalmente y relajar sus nervios.

La muchacha aún tenía los ojos desencajados. Lo sucedido le había destrozado los nervios, pero, poco a poco, consiguió serenarse.

Con voz velada, musitó:

—¿Tú entiendes algo de esto, Fred?

—¿Y cómo voy a entenderlo? Tengo la sensación, de repente, de que ya no vivo en este planeta; de que he venido a parar a un mundo donde todo es irreal. Sin embargo, aún son muchas las preguntas que debo hacerte.

—¿Por ejemplo...?

—¿Habías visto alguna vez a aquel asesino?

—No, nunca.

—Iba a matarte a ti. ¿Por qué crees que quería hacerlo?

—Por la misma razón que mi amiga murió deshecha por aquella carga de plástico. Por la misma razón que otra vez me tirotearon desde un coche, como te he explicado antes. Quieren que les dé información, y como no se la he dado, piensan que les engaño; en esas condiciones, han decidido mi muerte. Liquidaron a Nadine por pura casualidad, al creer que era yo. Sin embargo, esta vez tengo la sensación de que no venían a por mí, Fred.

—¿Qué quieres decir?

—Algo me indica que eres tú la persona a la que querían liquidar. Aquel asesino te miraba a ti, no a mí.

—¿Por qué...?

—Por la sencilla razón de que piensan que me estas protegiendo, y ellos me necesitan indefensa.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

Miriam hundió la cabeza. Parecía completamente al borde sus fuerzas. Estaba destrozada por lo que acababa de suceder.

Fred Valiant comprendió que no podía pedirle más colaboración. Era mejor que no le preguntase nada. Pero Miriam susurró:

—No los conozco, Fred. Si supiera algo, te lo diría. Hasta este momento te he contado toda la verdad.

Le miró fijamente. Había sinceridad en sus ojos. Había también en ellos una lucecita amarga.

Añadió:

—Todo lo que sé es esto: por un lado la extraña conducta de tus padres en ciertos aspectos; por otro, que Baser y otra mujer llamada Virgin debían saber algo más, es

decir, debían saber qué significado tenía la rueda de una silla de inválido y aquella extraña verja en la que un día se desgarró el vestido de tu madre; en tercer lugar, que me exigieron información sobre Irene Baser, pero yo no pude darla porque sólo la había visto unas pocas veces y lo ignoro todo sobre ella; por último, han decidido acabar conmigo. Consideran que ya no les voy a servir de nada y que puedo convertirme en una amenaza. Pero ante todo han tratado de matarte a ti, porque saben que me proteges.

Fred cabeceó afirmativamente.

Se daba cuenta de que la muchacha tenía razón, pese a lo cual ninguno de los dos había podido atravesar aquella niebla misteriosa en que estaban metidos.

—¿Crees que te han reconocido en el bar? —preguntó ella—. Tu cara ha aparecido muchas veces en las revistas y los periódicos. Si han podido reconocerte, creo que estás perdido. La policía te buscará y dará contigo como sea.

Fred Valiant hizo un gesto negativo esta vez.

—Los astronautas no somos como los artistas de cine —dijo en voz baja—. La gente se fija en nuestras caras con mucha indiferencia y en seguida nos olvida. Me han visto durante muy poco rato para llegar a reconocirme.

Ella le sujetó una mano nerviosamente.

Sus dedos temblaban.

Estaba tan necesitada de protección, tan ansiosa, que Fred sintió una honda lástima de ella. Se dio cuenta de que Miriam no sabía adónde ir. La tenían localizada, de modo que si volvía a su apartamento podían matarla.

—Estoy hospedado en un hotel con un nombre falso —musitó—. Mis propios jefes me facilitaron documentación doble para que nadie me molestara durante mi descanso, y

esa documentación me está resultando ahora mucho más útil de lo que ellos imaginaron. Creo que podrías hospedarte en el mismo sitio, Miriam, aunque en distinta habitación.

—¿No será peligroso para ti?

—¿Por qué habría de serlo?

—A los pocos minutos de estar conmigo ya han intentado matarte.

—También a ti han intentado hacerte volar por los aires antes de que llegaras al lugar de la cita, Miriam. Si no lo han conseguido ha sido porque aquella desgraciada llamada Nadine se puso tu vestido. Pero los dos estamos metidos en el mismo barco y los dos corremos los mismos peligros, de modo que es mejor que nos alojemos en el mismo hotel. Mañana, con más calma, decidiremos lo que hay que hacer.

Miriam asintió.

—Es una idea razonable, Fred.

—Entonces, vamos.

Salieron del parque, tomaron un taxi y se hicieron conducir a la lejana Manhattan. Ir de un distrito a otro de Nueva York es casi una excursión dominguera. Llegaron cuando ya la Séptima Avenida estaba tranquila, quieta y hundida en las sombras. Apenas ningún establecimiento tenía iluminados sus escaparates, aunque algo más abajo, en Times Square, y más abajo aún, en la Calle Cuarenta y Dos, refulgía el milagro de millones de luces.

Entraron distanciados para que nadie les relacionara. A la muchacha le dieron una habitación del décimo piso, mientras que Fred estaba en el once. Una vez se hubo convencido de que Miriam ya estaba a salvo, se encerró en su habitación.

Pero Fred Valiant supo que no iba a poder dormir.

Ni intentarlo siquiera.

La sensación de que otros ojos le miraban, la sensación de que otro ser igual a él palpitaba en la Tierra le enloquecía como una droga. Dio varias vueltas por la pieza, como un león enjaulado, hasta que llegó a la conclusión de que le iba a ser imposible seguir allí.

Salió del hotel y se dirigió hacia Times Square, ascendiendo luego por Broadway para tratar de embriagarse con la luz, con la animación de la calle, con la sensación de realidad que al fin y al cabo se desprendía de todo aquello. Al fin y al cabo, eso era la vida y no lo que él tenía dentro de su cerebro. Una hora después se sentía mucho más alentado y pensó que podría descansar. Pero entonces el gozne del destino giró para él. Entonces volvieron a suceder cosas. El vacío volvió, pero volvió de la forma que menos esperaba: envuelto en las piernas de una mujer...

CAPÍTULO XV

La mujer estaba cruzando la Séptima Avenida, a la altura de la Calle Cincuenta y Dos, en un sitio donde no había nadie. Parecía distraída, hundida en sus pensamientos, y sus pasos reflejaban esa indiferencia, cansancio de quien no sabe adónde ir. Ni siquiera debía haber visto a Fred, y si Fred se fijó en ella fue porque la relacionó con aquel automóvil lanzado a gran velocidad y que parecía conducido por unos borrachos. Oyó el brusco chirrido de frenos, vio que la muchacha se lanzaba hacia atrás e inmediatamente la distinguió dando por tierra. El automóvil se dio a la fuga.

No había ninguna otra persona por los contornos en aquel momento.

Fred Valiant corrió hacia la muchacha:

No había oído ningún golpe, pero sin embargo, aquella desconocida podía estar malherida. Caída en la acera y con la falda casi tapándole la cara, la exhibición de sus piernas era sensacional. Y, además, la muy condenada las tenía como para anunciar prendas íntimas.

Fred corrió hacia ella y la ayudó a incorporarse.

Ella tenía los ojos nublados.

También le miró.

Su cara estaba de acuerdo con sus piernas. Era de primera calidad. Fred la ayudó a ponerse en pie mientras susurraba:

—¿Se ha hecho daño?

—No. Sólo ha sido la... la caída.

—¿De veras no le duele nada? ¿Se encuentra bien?

—Sí. Por suerte no han llegado a tocarme... ¿Ha tomado

la matrícula?

—No, pero por la marca y el color del coche, se le puede identificar. ¿Quiere que avise a la policía?

—No, por favor, no lo haga.

Palpitaba la ansiedad en la voz de la desconocida.

Fred musitó:

—¿Por qué no quiere que la avise? Si luego se sintiera mal, habría que dar una explicación y buscar un responsable.

—Ya le he dicho que me encuentro bien. Además no necesito a la policía para nada. Por favor, déjeme.

Alfred no la dejó.

Nunca hubiese dejado a una mujer que, según él, estaba en peligro.

—Adivino que está usted en un apuro —dijo—. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Puedo saber qué le ocurre?

Ella le miró con dolor, con una especie de desafío en sus enormes ojos negros.

—¿De veras quiere saber lo que me ocurre? ¿No será de ésos que luego van a denunciarme porque no quieren meterse en líos?

—Ya estoy metido en tantos líos, hermana, que no me importa otro. Sólo trato de ayudarla. Y ahora dígame por qué andaba como una sonámbula y qué es lo que busca a estas horas por la Séptima Avenida.

Ella despegó apenas los labios para susurrar:

—Me llamo Persica. ¿Quiere saber algo más? ¿De veras quiere saberlo?

—Sí. Por ejemplo, ¿de dónde viene?

—Del reformatorio femenino de Lancaster. Soy una fugitiva de la policía.

Fred suspiró e hizo un gesto de complicidad.

—Había temido algo peor —dijo—; por ejemplo que estuvieses drogada. Pero si lo que necesitas es un sitio para pasar la noche, yo puedo ayudarte.

—Si piensas que soy una cualquiera, te aseguro que.

—No trato ni siquiera de verte. Te pagaré una habitación en el hotel en el que me hospedo y mañana te irás sin haber vuelto a dirigirme la palabra. Demasiadas preocupaciones tengo para dedicarme a perseguir unas piernas bonitas.

Ella se encogió de hombros.

Parecía como si todo le importara lo mismo.

—Toma cincuenta dólares —dijo Valiant—. Encarga una habitación en el Taft y te quedas el resto. ¿Tienes documentación?

—Sí.

—Pues adelante.

Ella cruzó la calle.

Valiant no entró en el hotel hasta minutos después, pues no quería que le relacionaran tampoco con aquella muñequita llamada Persica. Era verdad que bastantes preocupaciones tenía. Pero cuando pidió la llave de su habitación vio que ella le había estado aguardando en el vestíbulo.

Le siguió hasta el ascensor.

Él fingió que no la conocía hasta que llegaron a su piso. Luego avanzaron ambos por el pasillo alfombrado y silencioso. De pronto, Valiant se volvió.

Distinguió los ojos negros muy cerca de él.

Los labios palpitantes.

Susurró:

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué me has esperado?

—Quería darte las gracias.

—No hace falta que me las des. Ya te he dicho que no soy un aventurero.

—Precisamente por eso. Ningún hombre me ha hecho un favor sin pedirme otras cosas a cambio. Precisamente por ser distinto quiero darte las gracias.

Y le tendió los labios.

Sus labios turgentes y firmes.

Rojos.

Aquellos labios que hacían olvidar los misterios del mundo.

¿Olvidar?

Fue la lucecita de alarma que brilló en los ojos de la muchacha lo que puso en tensión a Fred Valiant. De pronto, ella le apartó. Pudo decirse que le salvó la vida. Persica vio al individuo que venía hacia ellos con el cuchillo en alto, surgiendo de entre las sombras del pasillo, pero Fred no lo había visto. Sólo en la última fracción de segundo consiguió ladearse mientras el cuchillo pasaba a su lado como una exhalación.

El atacante dio una especie de traspiés.

Pero era ágil como una ardilla.

Debió darse cuenta de que no podría repetir el golpe — una vez fallado el primero— en el corazón de un hotel donde bastaba gritar para que se abriesen todas las puertas. De modo que saltó con la rapidez de un auténtico simio y un instante después se había perdido hacia las escaleras de emergencia. Fred Valiant fue a seguirle, pero se dio cuenta de que sería inútil, aparte de que aquel desconocido podía llevarle a una trampa.

Persica le sujetaba casi febrilmente por los hombros.

Estaba temblorosa, asustada.

Preguntó roncamente:

—¿Pero qué es esto? ¿Tú también huyes? ¿Y de quién?

—De algo peor que la policía —confesó Fred—. Quizá huyo de mí mismo.

—Entonces estamos igual...

—Me temo que tú estás bastante mejor que yo, hermana. Yo sí que no tengo remedio.

—Quizá en el fondo eres tú el que necesita ayuda.

—Tal vez —reconoció Valiant.

—Pues entonces deja que te la dé. Tú has hecho algo por mí. ¿Por qué no puedo hacer yo algo por ti?

—Ya has hecho bastante. Me has salvado la vida —musitó Fred.

—¿Crees que eso es bastante?

—Es, incluso, demasiado —contestó Fred.

Ella se acercó un poco más.

Dijo con voz pastosa:

—Tonto.

Y buscó sus labios. Lo buscó como se busca una obsesión. Los borró con un beso donde palpitaba el deseo de vivir. Anuló aquellos pensamientos de Fred, donde sólo había una silla de ruedas, una verja, unas voces viniendo del Más Allá. En su lugar consiguió que hubiera unos labios rojos y ardientes. Unos ojos negros.

¡Ah! Y unas buenas piernas. Sin ellas la cosa hubiera quedado incompleta.

CAPÍTULO XVI

El abismo se abría ante los ojos de Fred Valiant.

Era una sensación angustiosa.

E incomprensible.

El abismo... El abismo le hacía sentirse tan pequeño, indefenso, que se ponía a chillar. Pero eso, ¿cómo posible en un astronauta? ¿Y en un hombre que había sido entrenado lanzándose desde un avión en caída libre? ¿Por qué tenía miedo al abismo...? ¿Desde cuándo?

Pero Fred Valiant no podía evitar aquella angustiosa sensación.

Estaba clavada dentro de él.

Notó que rodaba.

Lo que había creído un abismo era una rampa, una larga rampa de cemento, al final de la cual había un parterre con flores.

Pero él seguía chillando.

Él seguía teniendo el miedo clavado en el alma.

¿Por qué?

Fred notaba que el sudor iba invadiendo su rostro. Eso lo sentía físicamente.

Y sin embargo, no podía reaccionar. Estaba como atado al lecho. Luego veía una gran sala blanca.

Y una pequeña habitación.

El sudor seguía resbalando por las facciones de Fred Valiant.

Una pequeña habitación...

Una pequeña habitación...

Una mano poderosa, una mano que le parecía enorme,

surgía de las sombras y le buscaba. Pero esta vez Fred no tenía miedo porque sabía que era una mano amiga. Era la mano de su padre que surgía del vacío y le conducía poco a poco. Le llevaba hasta otra habitación donde había una vieja ventana con columnas, una ventana que recordaba el estilo gótico, aunque entonces Fred no entendía de eso. Pero la veía tan perfectamente como si la tuviese de nuevo ante los ojos. Y entonces veía también...

Una silla de ruedas.

¡Una silla de ruedas...!

La silla estaba a un lado de la habitación, muy cerca de la ventana. Fred la tocaba y sentía un estremecimiento. No sabía por qué. La silla estaba vacía. La miraba como un trono vacío, hostil, un trono donde sólo pudiera sentarse un muerto.

Entonces, las grandes manos de su padre se movían. Iban a sentarle allí.

La silla de ruedas era para él...

Para él...

¡Para él!

La idea se repetía obsesivamente en el cerebro de Fred Valiant.

De pronto, sentía como si se pusiera a chillar. Como si rechazara con todas sus fuerzas aquella silla, aquel maldito trono de la muerte.

Despertó con las facciones bañadas en sudor.

Por un momento aún le pareció estar viviendo en el mundo irreal de su pesadilla. Le pareció ver la ventana gótica cerca de la cual estaba la silla de ruedas.

Pero nada de ventana gótica. Nada tan rutinario como la ventana de su habitación del hotel, la ventana que daba a la

Calle 53 y al otro lado de la cual se veían las ventanas casi iguales del frontero hotel Victoria. La voz de Persica, que estaba junto a él, pareció llegar desde muy lejos:

—¿Qué te pasa? Has despertado como si acabaras de ver un fantasma...

Él se incorporó. Metió la cabeza bajo la ducha para espabilarse, porque, de lo contrario, no hubiese podido ni pensar. Luego, con la mirada perdida, contempló lo que había en torno suyo como si no lo viese.

Persica insistió:

—¿Pero qué te ocurre? ¿Quieres que llame a un médico?

—No, gracias —musitó él—, sólo que...

—¿Qué?

—Creo haber dado con algo —susurró él—. Se trata de una cosa tan confusa que no puedo concretarla, pero tal vez... tal vez...

Cerró un momento los ojos.

Volvía a sentir aquel terrible vértigo.

La muchacha susurró asustada, mientras se encogía entre las ropas:

—¡Qué barbaridad! ¿Siempre que besas a una mujer te da por ponerte de esa manera...?

* * *

A la mañana siguiente, Fred Valiant había tomada una decisión. Tenía una pista sutil, una pista casi inexistente, pero de todos modos estaba dispuesto a seguirla costara lo que costase. Se despidió de la muchacha dándole cien dólares más, para sus nuevos gastos, y luego fue a buscar a Miriam. Ésta también estaba muy pálida, como si hubiera

pasado mala noche.

—Parece que no has descansado, Miriam.

—Pues tú tampoco pareces muy en forma. Si ahora te metiesen en un «Saturno», lo estrellabas contra la Estatua de la Libertad...

—Reconozco que no he descansado demasiado —dijo él, sin dar detalles—. Por el contrario, he pasado una noche que tiene algo de horrible. Pero al menos me ha servido para algo.

—¿Para qué?

Él no concretó.

Sólo dijo, con un gesto de decisión:

—Vamos a hacer algo extraño, Miriam. Vamos a recorrer todos los hospitales y clínicas antiguos de la ciudad.

—¿Hospitales y clínicas? ¿Para qué?

—No puedo decírtelo aún porque ni yo mismo tengo una idea clara, pero es posible que lo que he recordado antes me sirva para algo. Y ahora no perdamos más tiempo en hablar. Vamos.

Fred tenía prisa en hacer sus comprobaciones, pero no sólo era eso.

Sabía que el hotel resultaba peligroso para él.

Sus enemigos, fueran quienes fuesen, —sus enemigos, hasta ahora, parecían haber surgido del mundo de las sombras— le tenían localizado.

Por eso, antes de las nueve, tomó un taxi en compañía de Miriam y pidió al conductor que les llevara a todos los hospitales y clínicas de Nueva York que tuvieran más de veinte años. Dijo que era un periodista que preparaba un reportaje. Pero recorrer todos los establecimientos de esa clase que hay en la gran metrópoli, es como recorrer todas

las tiendas que hay en Picadilly Street o en la rue Rivoli.

Fred Valiant ya estaba perdiendo las esperanzas cuando, hacia las dos de la tarde y después de un brevísimo alto para comer algo, encontró lo que buscaba. Fue un sentimiento inexplicable y sutil lo que le hizo mirar aquello con ojos distintos; lo que le hizo mirar con expresión absorta la parte vieja del hospital, con sus falsas ventanas góticas, y la rampa de cemento que aún descendía desde la barandilla del primer piso hasta unos parterres de flores.

Otra vez las gotitas de sudor invadieron las facciones de Valiant.

Otra vez tuvo la sensación de enfrentarse a lo inexplicable.

Y sin embargo, lo que tenía delante era al menos una cosa concreta, era real. Se trataba del sitio donde resbaló siendo un niño, hasta hundirse en el parterre de flores. Se trataba del sitio donde su padre quiso hacerle sentar en una silla de ruedas para indicarle que si volvía a distraerse quizá necesitaría para siempre un artefacto como aquel.

Miriam susurró:

—¿Qué te pasa? Estás temblando...

—Nada. Acompáñame.

Se dirigió a la administración del hospital, que ahora estaba algo descuidada, pero que en otro tiempo debió ser lujosa. Dijo ser un periodista y entregó cincuenta dólares a una empleada para que le mirase los libros de registro de entre veinte y veinticinco años atrás.

—Se trata de un cliente llamado Valiant —dijo—. Robert Valiant, taxista. Quisiera saber si tuvo internada aquí a alguna persona de la cual pagase las facturas. A un familiar, por ejemplo.

—Eso es sencillo, señor. Tenemos fichas de los clientes por antiguos que sean. Vamos a ver: Valiant... Aquí está. Le mostró la ficha.

Y otra vez el joven tuvo la horrible sensación del abismo. Otra vez la sensación del Más Allá... La empleada musitó:

—Aquí lo ve. Tuvo internado a su hijo Fred Valiant. Lo tuvo aquí durante diez años, casi...

CAPÍTULO XVII

Los pensamientos de Valiant en aquel momento no sólo fueron abrumadores, sino que le dejaron materialmente sin fuerzas para abrir la boca. Porque había algo de lo que no podía dudar: él estuvo allí. A él le sentaron o quisieron sentarle en una silla de ruedas. Pero, ¿diez años...? ¿Diez largos años? ¿Cómo era posible entonces que no recordara más detalles? ¿Y quién era aquel Fred Valiant que su propio padre ingresó allí? ¿Quién?

La empleada musitó:

—¿Le pasa algo, señor?

—No... Nada.

—Está usted muy pálido...

—No tiene importancia. Un leve mareo.

—Si se siente mal podemos atenderle aquí. Precisamente ha ido a indisponerse en un buen sitio...

—Desde luego... Como el que se mata en el ascensor que lleva al depósito de cadáveres —dijo Valiant, procurando mostrarse sarcástico—. Pero la ficha debe decir algo más, señorita. Debe decir, por ejemplo, a qué sitio trasladaron al enfermo cuando salió de aquí.

—Desde luego que lo dice.

Fred hizo aquella pregunta por simple rutina, ya que estaba seguro de que le darían el propio domicilio de sus padres. Pero, ante su sorpresa, le hablaron de una dirección totalmente desconocida para él.

—Lo trasladaron al 92 de Hamilton Bulevar, señor. De eso hace más de doce años. Hamilton Bulevar está en Brooklyn.

Valiant se mordió nerviosamente el labio inferior.

No se dio cuenta de que casi se lo destrozaba.

—Oiga —preguntó con voz ronca, dejando paso a una repentina inspiración—: ¿Dos señoritas llamadas Irene Baser y Virgin trabajan como enfermeras en este hospital?

—Sí... Aunque en la época en que esa persona de la que usted habla fue trasladada, ellas no trabajaban aún por no tener la edad. Pero luego ingresaron en este centro. Por cierto, son amigas y han pedido unas vacaciones anticipadas las dos a la vez. ¿Las conoce?

—Sí... —dijo Valiant, sintiendo vértigo de nuevo—. Mucho...

Y salió.

El taxi aún le esperaba en la puerta.

—¿Adónde vamos, señor? —preguntó aburrido el taxista—. ¿Más hospitales para ir haciendo apetito? ¿Y un buen depósito de cadáveres para variar, no le gustaría?

—Se terminaron los hospitales —dijo secamente Valiant, mientras hacía sentar a Miriam—. Llévenos al 92 de Hamilton Bulevar, en Brooklyn.

—Vaya... ¡Menos mal! ¡Espero que allí le puedan hacer a uno una transfusión de whisky, en lugar de hacerle una transfusión de sangre...!

Y rodó hacia la dirección indicada.

Llegaron casi una hora después.

Y Fred Valiant se enfrentó de nuevo a lo desconocido, pero al menos era algo desconocido que estaba relacionado con él, que estaba metido en su propia vida.

Fred Valiant se enfrentó a la casa pequeña, blanca, quieta, muerta...

A la casa rodeada por una alta verja.

CAPÍTULO XVIII

Otra vez aquel sudor helado llenaba sus facciones. Otra vez tuvo la sensación de que no pisaba terreno firme, de que el vértigo le dominaba. ¿Qué iba a encontrar allí? ¿En qué mundo acababa de entrar ahora?

La mano de Miriam rozó la suya. Y los labios de la muchacha temblaron inseguros al preguntar:

—¿Vamos... a entrar ahí?

—Sí.

Pero no convenía que les vieran tan claramente, por si alguien les había seguido. De modo que indicó al taxista:

—Sitúese en la parte de atrás, por favor. Nosotros vamos a entrar.

—Como quiera... ¡Menudo oficio éste! Hospitales, casas vacías... Adelante...

Atrás...

Fred y Miriam atravesaron la cancela y dejaron atrás la verja. La casa estaba cerrada, pero no daba la sensación de abandono. Sólo los periódicos de la última semana estaban apilados en el buzón sin que nadie hubiese venido a recogerlos. El pequeño jardín no estaba descuidado; daba la sensación de que alguien lo había limpiado unos diez o quince días antes.

Fred Valiant examinó la cerradura y vio que tampoco presentaba grandes problemas. Con su lima de uñas la forzó. Pero antes de que entraran, la muchacha preguntó con voz queda:

—¿Qué es eso?

En efecto, llamaba la atención la larga antena que

sobresalía del tejado de la casa. Era una antena para emitir, como si allí estuviese instalada una emisora de radio. Pero como Fred no entendía nada de todo aquello, decidió seguir adelante. Penetró en el vestíbulo. Era pequeño.

Unas escaleras de granito, bastante sencillas —todo en la casa era sencillo— llevaban hasta el piso superior.

Había algo sobrecogedor en el silencio que imperaba allí.

Parecía flotar en la casa ese aire indefinible que surge de las viejas tumbas.

Pero no fue eso lo que hizo estremecer a Fred.

Y lo que hizo que la muchacha se encogiera con un gesto instintivo de sorpresa.

Lo que les sobrecogió a los dos fue el frío espantoso que imperaba allí. Un frío irreal, un frío que no parecía de este mundo; un frío que llegaba hasta los huesos y le dejaba sin movimiento a uno.

Miriam susurró:

—Dios santo...

—No hagas caso, Miriam. Esto debe tener alguna explicación —dijo él, aunque no estaba convencido ni mucho menos—. Vamos a registrar la planta baja.

La casa era pequeña y barata, por lo que pudieron ver. El tipo de casa que alquilaría, haciendo grandes esfuerzos, un hombre como el padre de Valiant, que nunca había sido rico. Pero las dos habitaciones de que constaba la planta inferior estaban materialmente abarrotadas de libros y de apuntes, todos ellos relacionados con las matemáticas, la física y la astronomía. Grandes pizarras cubrían las paredes, todas ellas cargadas de cálculos que Valiant, pese a ser en cierto modo un experto, no pudo ni entender. Algo más le llamó la

atención de aquellas pizarras, sin embargo, y fue el que estuvieran situadas a muy baja altura, sin duda para que pudiera escribir en ellas un hombre sentado en una silla de ruedas. También le había llamado la atención antes una rampa construida junto a la escalera, como para que un inválido pudiera subir y bajar valiéndose de un cable parecido al de un telesilla.

Descubrió otras cosas en aquel piso inferior.

Cosas que le llenaron de asombro, y que precisamente, por ser él un científico valoró en su justa medida.

Una de esas cosas era el aparato productor de frío. Se trataba de un mecanismo asombrosamente sencillo y asombrosamente perfecto, que producía frío por medio de una pequeña pila nuclear. El ingenio que demostraba y los pocos gastos que había requerido eran admirables. Aquella fuente productora de frío tenía capacidad para años y años, quizá para dos siglos. Eso significaba que el frío podía ser eterno allí; que la casa se derrumbaría por vieja, antes de que el frío terminase.

Otra segunda cosa llamó la atención a Valiant, aparte de las que ya estaba viendo. Fue la emisora. Una especie de giróscopo la hacía funcionar a horas fijas, pero sólo emitía lo contenido en una pequeña colección de discos. Le bastó con colocar uno de ellos para darse cuenta de que emitía sonidos casi ininteligibles y muy breves: una especie de crujidos, de punteos estilo Morse y de susurros que le causaron un estremecimiento porque parecían realmente sonidos de otro planeta. Pero lo que le causó más horror, lo que le dejó paralizado, no fue eso. Fue el darse cuenta... ¡de que él había oído aquellos sonidos otras veces! ¡Y de que la emisora emitía en la misma frecuencia que la de Atlantic City! ¡Y

que, por la situación del reloj que el giróscopo contralaba, la emisión debía darse a la hora del concierto de música clásica que él escuchaba desde muchos años antes!

Nuevamente sintió que todo daba vueltas en torno suyo. Podía ser una explicación, pero... ¿qué clase de explicación? ¿Qué se ocultaba allí?

¿Quién acechaba entre el frío eterno de aquella casa?

Ellos no lo supieron al principio. No podían. Pero alguien sí que lo supo.

Alguien que, en aquel momento, ya empezaba a sentir impaciencia...

CAPÍTULO XIX

Fue justo en aquel momento cuando el taxista empezó a sospechar que había estado transportando a dos locos durante toda la mañana. Un hombre y una mujer que sólo tenían interés por los hospitales y que luego se metían de rondón en una casa deshabitada, no podían significar nada bueno. Si eran un par de mangantes que buscaban un nidito de amor, pase, aunque para eso no hacía falta complicar tanto las cosas. Pero si eran dos locos que buscaban un ambiente propicio para suicidarse... ¡Menudo lío!

¡Y encima, él se quedaría sin cobrar la montaña de dólares que el taxímetro ya marcaba!

De modo que salió del coche estacionado en la parte posterior y se dirigió a la entrada de la casa, que encontró entreabierta.

Puso los pies en el umbral y en ese momento aquel frío inhumano le acometió como si acabara de meterse en un iglú. Estuvo a punto de lanzar un gemido, tanta fue su sorpresa, pero se dominó. Todo su instinto de defensa se puso en guardia. Porque se dio cuenta de que, efectivamente, acababa de meterse en un mundo desconocido, en un mundo extraño y donde nada tenía lógica; un mundo situado en Nueva York pero que parecía regirse por las leyes de otro planeta.

Miró la escalera que llevaba al piso superior.

Pensó que sus dos extraños clientes tenían que estar allí.

Subió poco a poco y en silencio.

Atravesó una puerta.

La misma sensación de irrealidad le dominaba.

El silencio era espantoso. No parecía propio de este mundo.

Vio que la habitación estaba llena de libros y de apuntes. Daba la sensación de que diez sabios locos habían trabajado allí. Vio también un biombo al fondo de aquella habitación.

Y tuvo un estremecimiento.

Había allí algo que era normal y, sin embargo, resultaba estremecedor, no se sabía por qué. Había allí algo que producía un cosquilleo en la columna vertebral sin que uno supiera explicar las causas. Sencillamente, detrás del biombo se veía... el principio de una silla de ruedas.

El taxista fue a acercarse allí.

Había contenido la respiración:

Sus nervios vibraban.

Y de pronto...

Sí, había sido una cosa casi inaudible. Como el roce de unos pequeños pies en el suelo. El taxista se volvió de pronto.

Y gimió de horror.

De sorpresa.

Se estremeció de miedo...

El cuchillo aleteó sobre su cabeza.

La muerte buscó su cuello.

Sus ojos...

El hombre no se dio cuenta de que había retrocedido.

No se dio cuenta de que rodaba escaleras abajo, tiñéndolo todo con su sangre, mientras sobre él aún planeaba la sombra de la muerte. No era más que un pingajo cuando llegó al vestíbulo, con las facciones deformadas por el horror...

Fred Valiant se plantó de un salto frente a él. Había

salido al oír aquel grito, y la brusca visión del cadáver le produjo una especie de calambre. Miró hacia arriba con ojos entrecerrados. No le cabía duda ya de que al extremo de aquellas escaleras estaba el misterio y estaba también la muerte.

Pero subió.

Sus pasos eran firmes, ahora.

Extrañamente firmes.

Se daba cuenta de que eran los últimos pasos dados en el vacío. Se daba cuenta de que unos peldaños más arriba estaba la muerte... ¡Pero también la respuesta!

No supo si Miriam venía tras él.

No se daba cuenta de nada.

Sólo que acababa de entrar en el reino del Más Allá. Y de que quizá no saldría vivo de él, pero al menos podría conocer lo que tanto le había atormentado.

Atravesó la puerta.

Vio la sala llena de libros.

Vio el biombo al fondo.

Vio también aquella especie de cosa irreal, aquel borde de la silla de ruedas.

Pero no pudo llegar hasta allí.

Alguien se lo impidió.

Alguien vino a sus brazos.

Unos labios rojos casi mordieron el aire.

Unas formas turgentes se pegaron contra su cuerpo.

Fred dijo con voz sorda:

—Persica...

CAPÍTULO XX

La muchacha a la que él había atendido en la Séptima Avenida, la que la noche anterior le salvó de morir, estaba allí. Sus labios ansiosos parecían buscarle. Su voz trémula, balbució:

—Fred, te he seguido... No podía quedarme sola... No me atrevía... Yo no podía seguir ya sin ti... Sabes que.

Sus manos temblaban:

Sus ojos estaban llorosos.

Fred Valiant musitó:

—Pero, Persica... Es absurdo que estés aquí. Tú no sabes dónde te has metido... Tú ignoras que...

De pronto se detuvo. No pudo seguir hablando. El asombro le inmovilizaba. Ni siquiera se dio cuenta de que tenía a la muchacha al lado. No pudo pensar.

Porque estaba viendo algo más, en la pared.

Un gran retrato suyo.

Era él mismo.

¡Él!

¡Como si presidiera su propia casa!

El retrato era de tamaño natural. La ampliación resultaba perfecta y estaba puesta en pie junto a la ventana, de tal modo que, si alguien fotografiaba la casa desde fuera... ¡era posible que se viese aquel retrato! ¡Y era posible que pareciese como si su cara mirase desde la ventana!

Pero con una inclinación anormal, claro, ya que la ampliación estaba apoyada en la pared algo oblicuamente. Eso explicaba que él hubiese aparecido en la fotografía que le enseñó Virgin en Las Vegas. Eso explicaba también que

el fotógrafo profesional que la examinó se hubiera dado cuenta de que allí algo no cuadraba y hubiera pensado en un trucaje.

La sorpresa no dejaba hablar a Fred Valiant. No le dejaba pensar siquiera.

Pero ésa era sólo una de las sorpresas.

Le esperaba otra mucho peor.

Otra...

* * *

Miriam había entrado en la habitación poco después que él. Miriam lo miraba todo con los ojos desencajados.

Había horror en ellos.

Había una sorpresa y un miedo casi brutales. Algo que estaba más allá de este mundo. Algo que paralizaba los nervios, la garganta, la sangre...

Valiant pensó que no había para tanto. Total, por un retrato en la pared...

Musitó:

—Eso explica algo que parecía no tener solución, Miriam. No debes asustarte...

Pero, de pronto, se dio cuenta de algo.

Miriam no estaba mirando la fotografía.

Miriam estaba mirando a la chica que se encontraba con él.

Miriam tenía los ojos desencajados.

Y su garganta pareció romperse, como si la voz se negara a surgir, cuando barbotó:

—Pero, Nadine... Tú no puedes estar aquí... Es absurdo... Tú... ¡tú volaste cuando explotó la bomba...!

CAPÍTULO XXI

Algo había cambiado en el aire.

Hasta el color de la luz parecía distinto...

Algo flotaba en el ambiente y lo cargaba de electricidad.

Fred Valiant sintió en la espalda algo que no era el frío de la casa. Algo que venía desde el fondo de sí mismo y que era el frío de la muerte. Miró asombrado a la muchacha que él creía que se llamaba Persica.

Las facciones de ésta habían cambiado. En ellas flotaba una mueca maligna, una mueca de odio. En sus ojos relucía una lucecita febril. Fred se dio cuenta de que su vestido estaba manchado de sangre, como si pocos minutos antes hubiera apuñalado a alguien. Y él sabía quién era. Él había visto con perfecta claridad las despiadadas huellas del cuchillo.

Una pistola descansaba ahora en las manos de aquella preciosa muñeca. El índice ya se cerraba sobre el gatillo, a punto de disparar.

Fred Valiant apenas pudo balbucir:

—¿Pero por qué...?

Supo que jamás tendría la respuesta.

Supo que había llegado demasiado tarde.

Que había atravesado el umbral de la muerte, sin encontrar la solución del enigma.

Ella había cerrado el dedo sobre el gatillo.

Valiant siempre se sentía desconcertado, casi indefenso, cuando tenía que atacar a una mujer. En realidad no sabía hacerlo. Las mujeres, para él, eran seres inatacables y que siempre merecían defensa. Y ahora hubiese recibido el

balazo en plena cabeza sin poder hacer nada, caso de no haber intervenido Miriam. Para Miriam, las mujeres eran otra cosa. Y aunque no consiguió evitar que la pistola enviase el plomo, ni tampoco consiguió evitar que alcanzara en un brazo a Valiant, el empujón que dio a Nadine fue suficiente para que ésta fallase en parte el tiro y se tambaleara, a punto de perder el equilibrio.

Fred Valiant entonces reaccionó. Se dio cuenta de que se jugaba no sólo su propia vida, sino también la de Miriam. Propinó un puntapié al arma de Nadie, haciéndola volar por los aires.

Ella lanzó un chillido.

Fue un chillido de hiena acorralada.

Bruscamente había cambiado todo ante sus ojos. Giró sobre sí misma, buscando una escapatoria, y se lanzó hacia la puerta. Fred no pudo detenerla.

Dio un salto a su vez, saliendo tras la fugitiva. Aquel aire irreal, helado, aquel aire de muerte seguía envolviéndolo todo. Oyó el crujido de los pies que tropiezan y el aullido de la muchacha.

Las escaleras empezaban tan bruscamente que uno se las encontraba, de pronto, al salir de la habitación. Y Nadine había dado un salto tan largo que no pudo evitarlas. Se entrecruzaron sus pies y cayó como un fardo, mientras los peldaños reproducían una y otra vez el chasquido de sus huesos.

Fred descendió tras ella.

Pero sabía que ya era inútil.

Le bastó ver su caída para comprender que se había desnucado y que ya nada se podía hacer por ella. Se detuvo cuando la cara de Nadine se hundió en la sangre del hombre

al que poco antes matara. La macabra escena hizo cerrar los ojos a Valiant.

Luego volvió a subir.

Una sorda angustia le dominaba.

La sensación de lo desconocido le impedía respirar.

Porque había visto detrás del biombo el borde de la silla de ruedas.

Miriam gemía entrecortadamente.

Pero él ni la oyó.

Tampoco se daba cuenta de que la sangre fluía lentamente por su brazo izquierdo.

Estaba obsesionado.

Sus dedos temblaban cuando se posaron en el biombo.

Cuando lo apartaron tirando de él...

CAPÍTULO XXII

Sus ojos desencajados retrataron la escena una y cien veces. Las moscas deben ver las cosas así, repetidas en cien imágenes a través de sus cien ojos. Todo aquello vibró en el cerebro de Fred Valiant como un campanilleo del otro mundo, como un timbre del Más Allá. Y sin embargo, no había nada de asombroso en aquello, porque todo se explicaba por simples leyes naturales. Porque el frío espantoso provocado en la casa había conservado aquel cadáver perfectamente bien, tal y como si acabase de morir. Porque el joven de la misma edad de Fred Valiant, que ocupaba aquella silla de ruedas, debía llevar muerto unos diez días. No obstante, el frío artificial que él mismo supo crear lo hubiese mantenido igual durante dos siglos.

Los ojos de Valiant recorrieron sus facciones firmes.

No se parecía a él.

Era mucho más débil. Mucho más flaco.

El típico hombre que ha nacido en lamentables condiciones y que siempre ha estado bordeando la muerte, hasta que ésta llega a muy temprana edad, cuando otros están en lo mejor de su vida.

No le cupo duda de que aquel joven, aquel falso Fred Valiant que parecía llegado desde otro mundo, había fallecido de muerte natural. De su endeblez física no se podía esperar otra cosa. Sin embargo, sus facciones reflejaban inteligencia, densidad de pensamiento, afán por el estudio. Sus facciones, que aún parecían vivir, eran la pura imagen de la sabiduría humana.

Un pequeño libro descansaba entre sus dedos.

Fred lo retiró de allí.

No hubo aprensión en su gesto.

Todo lo contrario. Hubo ternura.

Le bastó ojear las primeras notas para darse cuenta de la verdad.

Con los ojos nublados, musitó:

—Alguien me lo debió haber dicho, Miriam.

—¿Decirte qué... ?

—Que este hombre existía. Mis padres debieron pensar que yo iba a sentirme herido si me daba cuenta del inmenso cariño que le habían dedicado también a él, empleando en su bien todo el dinero que tenían. Pero fue un error. Yo no me hubiese sentido herido ni humillado. Debieron decírmelo...

Miriam necesitaba sentarse, porque sus piernas no la sostenían. Balbució:

—¿Qué es exactamente lo que debieron decirte, Fred?

—Lo que Mac —ése era su nombre— anotaba en su agenda. Él había resumido ahí lo más importante de su vida. En este librito que descansaba entre sus dedos he encontrado la respuesta. A Mac le había abandonado una madre desnaturalizada que se fugó de la clínica Meridian poco después del parto. Como el niño había nacido en tan pésimas condiciones le dieron por muerto. Instantes más tarde veía yo la primera luz en la misma clínica, pero también había nacido muy mal. También estaba destinado a morir.

—¿Tú? Pero si eres un atleta... ¡Pero si no es posible...!

El negó con la cabeza, lentamente.

—Durante mi niñez no fui precisamente una promesa de atleta —dijo—. Luego las cosas cambiaron completamente, pero entonces era un muchacho sin demasiada salud. Eso sí que me lo había explicado mi padre: nací con los dos riñones

bloqueados. Es decir, tenía que morir por fuerza.

—¿Y... qué hicieron?

—Ahora y sólo ahora lo he sabido todo. Como aquel pequeño acababa de morir según ellos, decidieron hacer una operación a cara o cruz y trasplantarme uno de sus riñones. Entonces esas técnicas aún eran de lo más arriesgado que existía, y, por otra parte, está el antecedente de que casi siempre se producen los rechaces de órganos cuando el riñón donado no procede de los padres o del hermano gemelo. Pero tenían que probar suerte y la probaron. Yo fui dejado en mi cuna y el pobre Mac, convertido en un despojo, fue al depósito de cadáveres. Pero mi padre era un sentimental. Mi padre quiso despedirse del pobre ser que ni siquiera había llegado a distinguir la luz del sol y que, sin embargo, había salvado la vida a su hijo. Bajó al depósito de cadáveres y... y...

Su voz se había nublado, como si Fred tuviera una bola en la garganta. Miriam, sintiendo también un brusco espasmo en su cuello, susurró:

—¿Y qué, Fred? ¿Qué...?

—¡Mi padre se dio cuenta de que aquel pequeño despojo aún vivía! ¡Los médicos habían cometido un terrible error! ¡Aún palpitaba, porque precisamente el dolor de la operación le había hecho reaccionar! Entonces lo tomó en sus brazos y lo llevó él mismo a la sala de reactivación, aunque le dijeron que era inútil, porque no sobreviviría. Pero se produjo el milagro.

Miriam sentía más que nunca aquel bulto en la garganta. Su voz era apenas un soplo, cuando preguntó:

—¿Y lo trasladó luego a la clínica donde hemos estado hace poco nosotros? ¿Lo mantuvo años y años allí?

—Cierto. Aunque Mac había sobrevivido, su cuerpo era una pura ruina. Sólo su cerebro vivía, un cerebro poderoso y, al mismo tiempo, lleno de los más nobles ideales. Estaba medio paralítico y no podía desplazarse sino en una silla de ruedas. Mi padre se la compró. Pagó enormes facturas durante años. Se arruinó por él. Me quitó a mí cosas, para dárselas a Mac, pero en secreto, porque pensaba que yo sufriría si llegaba a saberlo.

Mac, que tenía una inteligencia portentosa y un pobre cuerpo roto, pasó años y años en aquella clínica.

—¿Nunca te llevaron a verle?

—Sí, una vez, una vez en que me caí por una rampa. Precisamente hace poco recordé aquel suceso que ya tenía olvidado y eso me sirvió para identificar la clínica.

—¿Pero por qué tu padre había inscrito a Mac con tu nombre, como si fuera hijo suyo?

—Por temor a que se lo quitaran. De ese modo, si la madre desnaturalizada que lo abandonó lo buscaba un día, jamás podría encontrarlo. Empleó mi certificado de nacimiento para inscribirlo, sabiendo que así nadie le molestaría.

—Comprendo...

—Pero más tarde, cuando Mac ya no necesitó vivir en una clínica, mi padre le alquiló esta casa, contratando también los servicios de dos amables enfermeras llamadas Irene Baser y Virgin. Ellas también querían a Mac. Lo atendían y lo cuidaban perfectamente. Mi padre seguía gastando todo su dinero en libros y material de estudios para aquel auténtico fenómeno que, sin embargo, no podía levantarse de su silla de ruedas. Pero llegó un momento en que Mac, que era una gran persona, comprendió que, a su

juicio, me estaba quitando algo que era mío. Entonces empezó a enviar a congresos científicos sus primeras conclusiones. Pero las envió a mi nombre.

Miriam entrecerró los ojos.

Se iba dando cuenta de todo.

Bisbiseó:

—¿Y, y te dieron incluso premios?

—Sí, puesto que los estudios de Mac eran realmente asombrosos. Se trataba de una de las mentes científicas más importantes que ha dado nuestro tiempo. Incluso intentó transmitirme sus conocimientos directamente, lo cual explica la sensación que a veces he tenido de haber estado en sitios donde jamás puse los pies, así como la de tener conocimientos de cosas que nunca había estudiado.

—¿Pero cómo podía transmitirme ese conocimiento, si no os habíais visto jamás?

—Por telepatía y por radio.

—¿Cómo dices... ?

—Sí, por telepatía y por radio. Lo de la telepatía no es ninguna novedad especial, puesto que sus fenómenos eran tan conocidos ya en el siglo pasado que en 1882 se fundó en Londres la *Society for Phisical Research*, y en 1889 el alemán Max Dessnir fundó una verdadera disciplina, una auténtica ciencia nueva llamada parapsicología, es decir psicología paralela o al margen de los conocimientos considerados normales, y que se dedicaba a los conocimientos de lo que, en apariencia, era inexplicable. A la fundación de la sociedad londinense y los estudios de Dessnir siguió pronto la fundación de un laboratorio de parapsicología en la Duke University de los Estados Unidos, en Carolina del Norte. Al frente de ese laboratorio se

encuentra hoy el doctor J. B. Rhine, considerado una de las primeras autoridades mundiales en la materia. Y en la República Federal Alemana existe desde 1954 una cátedra para las Zonas Fronterizas de la Psicología e Higiene Mental, que dirige el profesor Bender, y que se dedica fundamentalmente a los estudios de telepatía. En Utrech trabaja en las mismas materias el famoso investigador Tenhaef. Hay tantas esperanzas depositadas en la telepatía, que se habla incluso de poder dirigir a los astronautas por medio de ella en las zonas a las que no puedan llegar las ondas de radio.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—Pero la radio es otro aspecto. Hace relativamente poco, Mac debió lograr construir una emisora de aficionado, pero muy completa, que enviaba interferencias muy bien estudiadas a un cierto programa de Radio Atlantic City que sabía que yo escuchaba todos los días. Esas interferencias eran muy breves y consistían en alguna palabra muy breve, puntos Morse que significaban números de incógnitas y hasta sonidos al parecer inexplicables, pero que yo podía entender sin darme cuenta, puesto que completaban lo que ya antes, por telepatía, me había transmitido. Muchas cosas de las que pensé que sabía por mí mismo, que habían surgido de mi propio cerebro, eran obra de Mac. Me daba todos los elementos de una idea para que yo mismo llegase a formarla sin darme cuenta.

Salieron de la habitación. A pesar del sentimiento de ternura que ahora les invadía a los dos, todo aquello se les hacía insoportable. Estaban ya casi en la escalera cuando Miriam susurró:

—Pero esas persecuciones, esos crímenes que ahora no

puedo entender... ¿Por qué fueron motivados? ¿Cuál era su causa?

—Estoy comprendiendo que la razón era muy sencilla —dijo Fred—. Los informes de Mac hechos en mi nombre a ciertas asociaciones científicas eran tan importantes que alguien comprendió que un cerebro de esa clase podía ser muy útil y valía millones de dólares. Un grupo internacional de los que hoy tanto abundan me vigiló escrupulosamente y pronto pudo darse cuenta de que yo no era el autor de tales estudios. Había gato encerrado y quisieron saber dónde estaba. Una serie de averiguaciones les llevaron a Irene Baser y a Virgin, que eran las que materialmente habían entregado los informes. Quisieron capturarlas y hacerlas hablar, pero Irene pudo huir a Las Vegas, donde supuso que estaría segura. Pero el coche color café, el coche color Jamaica que la había perseguido por todas partes, la persiguió también hasta allí. Terminaron estrangulándola (lo que me produjo a mí un horrible sueño) y seccionándole la yugular. Virgin, al negarse a hablar, corre la misma suerte.

—Pero Mac, ¿sabía algo de eso?

—Doy por descontado que sí. Irene debió decirle que se iba a Las Vegas, y él me transmitió por telepatía aquella especie de señal de alarma. Sabía que era el único que podía ayudarla, aunque por desgracia no llegué a tiempo. Virgin, por otra parte, sospechaba de mí. No me había visto nunca, excepto en ese retrato a tamaño natural que ocupa parte de la habitación. Los pocos conocimientos que tenía sobre el asunto le hicieron creer que yo era uno de los enemigos de Mac y por tanto uno de los que perseguían a su amiga Irene. Intentó desconcertarme enseñándome una foto de esta casa en la que se veía parte de mi retrato, para ver cuál era mi

reacción. Supongo que con Virgin hubiésemos formado un frente común en seguida, después de hablar por segunda vez, pero las circunstancias no lo permitieron. No hubo tiempo. Aquellos esbirros acabaron también con ella.

—¿Y Nadine? ¿Por qué Nadine estaba metida también en este asunto repugnante?

—Ahora veo eso muy claro —dijo Fred Valiant—. Tú eras una pieza clave, porque podías saber algo acerca de lo que ellos buscaban. Intentaron hacerte hablar, y al no conseguirlo, quisieron aterrorizarte fingiendo que querían matarte. Te tirotearon desde un coche, pero sin querer alcanzarte. Sólo querían hundir tus nervios. Mientras tanto pagaron a Nadine, tu falsa amiga, para que te sonsacara. Claro que tú sabías bien poco, pero Nadine tenía la sensación de que la engañabas. Entre todos decidieron apretar las clavijas.

—¿Te refieres a la chica que voló destrozada por la carga de plástico?

—Sí. Justamente a ella. Imagino —y creo no equivocarme— que era un miembro de la banda de quien no se fiaban, o que estaba a punto de hacerles traición. Le encomendaron una misión falsa haciéndole ponerse uno de tus vestidos, que la propia Nadine le había facilitado. Y... y la chica voló. Esa era también una última advertencia para ti. Si no hablabas, estabas perdida.

Los ojos de Fred Valiant se nublaron un momento. No le gustaba recordar lo que estaba recordando, pero musitó:

—Luego, Nadine, con el falso nombre de Persica, trató de acercarse a mí. Cambiaron de táctica. En vista de que yo era difícil de matar, buscaron sonsacarme. Es posible que Nadine lo hubiese conseguido. No lo sé... Parte de su táctica

ha consistido en seguimos toda la mañana y entrar aquí cuando registrábamos la planta baja. Es posible que nunca hubiese podido averiguar yo de qué lado estaba ella, de no ser por la entrada del taxista. Ella pensó que era un enemigo y... y precipitó los acontecimientos. Creo que eso es todo, Miriam. Y pienso que... En fin, pienso que debemos irnos de aquí. He de hacer muchas cosas aún, entre ellas cuidar del sepelio de Mac. Él merece algo que no sea este frío eterno.

Salieron los dos, sin rozar los cadáveres.

Se detuvieron ante la puerta. Las brumas de aquella pesadilla, de aquel enigma sin fin, de aquel sueño inacabable que parecía llegar desde el fondo de las estrellas, se iban disipando poco a poco.

Fred Valiant musitó:

—También tenemos que hacer algo urgente tú y yo, Miriam.

—¿El qué?

—Casarnos.

La muchacha pestañeó.

Quiso disimular la lucecita de ilusión que palpitaba en sus ojos. Y quiso permanecer indiferente como una auténtica señorita, mientras susurraba:

—¿Puede saberse por qué razón, amigo mío?

—Por una razón muy sencilla y contra la que no se puede luchar: en la última emisión de radio, Mac me lo dijo...

FIN

(*) Los conglomerados de estrellas, soles y planetas que forman un grupo homogéneo por su proximidad de unos a otros (proximidad relativa claro, a pura escala planetaria) constituyen una galaxia. Más allá se encuentran espacios vacíos, tras los que viene otra galaxia. El número de éstas no ha podido ser calculado aún, ni siquiera aproximadamente. Por supuesto, algunas están tan alejadas de nosotros que no nos transmiten luz, conociéndose su existencia por medio de cálculos teóricos y recepción de microondas.